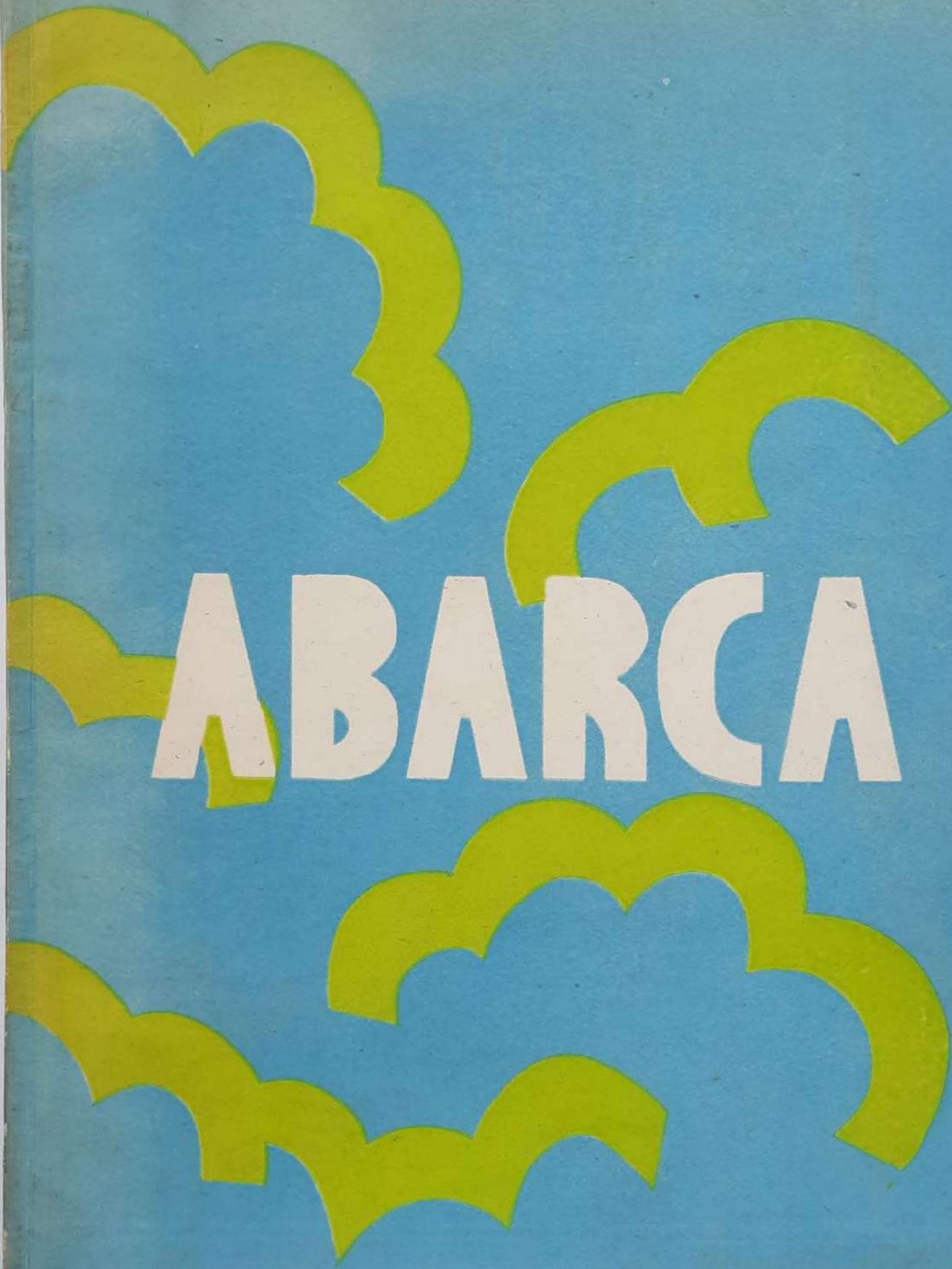
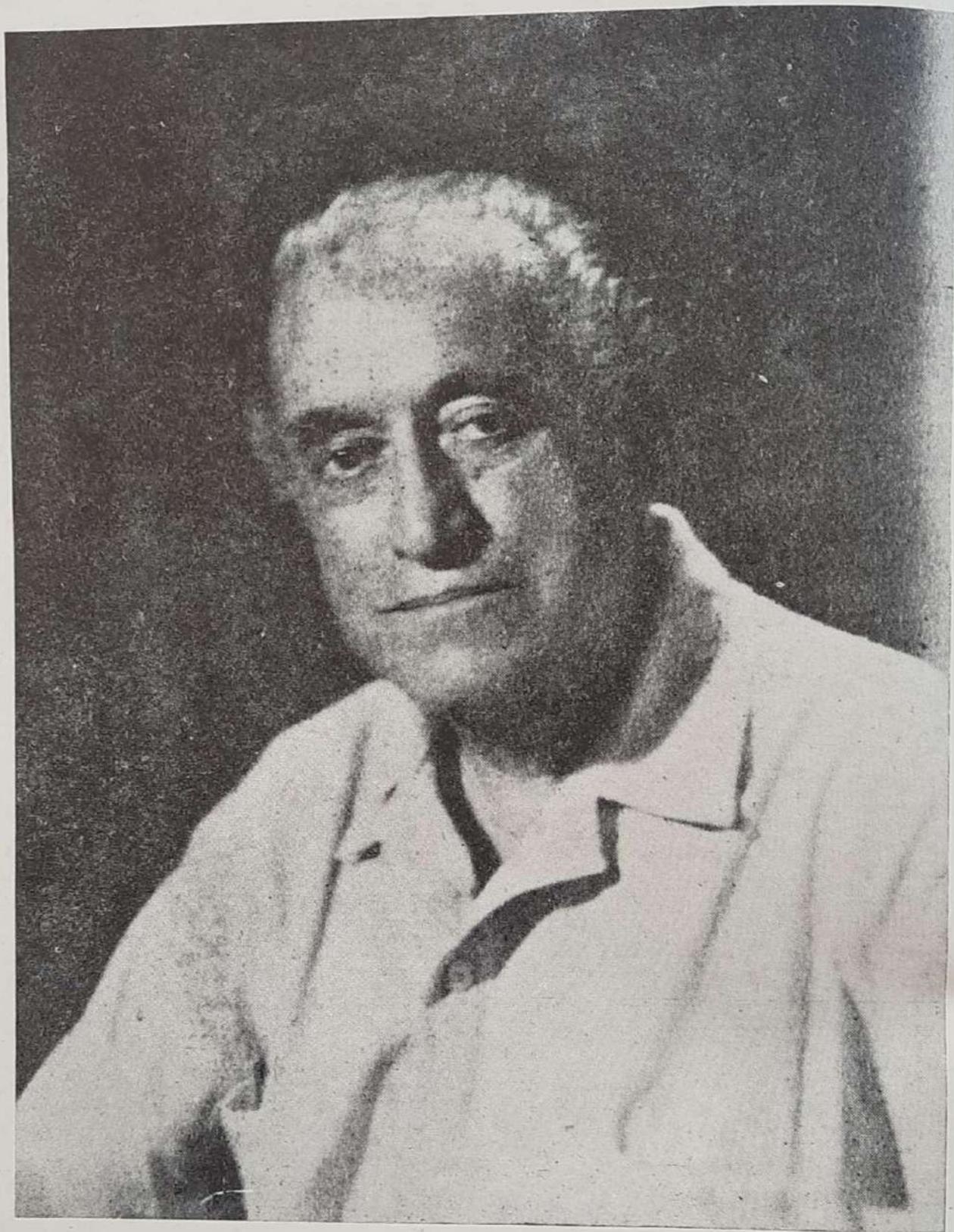


100

ABARCA



A B A R C A



AGUSTIN
ABARCA

EDICIONES
INSTITUTO DE EXTENSION DE ARTES PLASTICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE
1955

DE ESTE LIBRO SE IMPRIMIERON
500 EJEMPLARES EN PAPEL N° 356
EN LAS PRENSAS DE LA EDITORIAL
UNIVERSITARIA, S. A., RICARDO
SANTA CRUZ 747, SANTIAGO DE
CHILE.

PORTADA DE HÉCTOR CÁCERES.
COMPAGINACIÓN DE SERGIO MON-
TECINO. LAS FOTOGRAFÍAS REPRO-
DUCIDAS FUERON TOMADAS POR EL
DEPARTAMENTO FOTO CINE DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE. CONTIENE
UN ESTUDIO DE *Luis Droguett*
Alfaro.

AGUSTIN ABARCA

o EL LIRISMO PÍCTORICO

por Luis Droguett Alfaro

"Quisiera llegar a ser uno de los valores chilenos de mi época".

A. A. A.

ELOGIO DEL ARTISTA. No en forma de predestinado ni con las organizadas loas de ciertos grupos realizó el pintor Agustín Abarca su obra de más de cuarenta años de íntimo gozo, de perseverancia y de absoluta entrega a un arte que requiere como pocos un sentido acucioso, erguidas las pupilas, avizorantes los estímulos interiores, bien despiertas las ansias de quien aspiraba a extraer de la Naturaleza los zumos y vaciarlos en la tela con la fruición de un rito. Supimos al pintor Agustín Abarca un solitario, como pocos en nuestro arte, ajeno a toda estridencia y a toda garrulería de iniciados, pero siempre enamorado de los infinitos elementos que la tierra prodiga, insatisfecho por no poder, de un trazo, penetrar el misterio de los árboles. Y de ello, de este insobornable oficio de hurgar, de dibujar, de aprisionar los contornos, de atisbar el arabesco elegante de los matojos o de los árboles seculares, Abarca nos dió una interpretación personalísima, exenta de todo preciosismo, ajena a esa facilidad ostentosa que en más de algún artista es ama de llaves y sirviente. Por tal motivo nunca le pedimos al pintor un dejo de especulación en torno a su sentir, a su sabio sentir de sus personajes, esos árboles que constituyen, y no sólo en sus óleos, acuarelas y dibujos, el motivo central. Nos esforzamos, pues, en recorrer este tránsito de su pupila refinada, no plena de colores estridentes, aguzada en finos grises, en sordina, como para escucharlos mejor. Agustín Abarca fué un artista que supo deslindar su oficio de transmudador de realidades para darle categoría en motivos de quieta poesía. Carecía su pincel de ese apego a lo representativo. Su obra no se aviene con la fantasmagoría del artista "a la moda", y como lo ha señalado

Ortega y Gasset, es imperioso, tras la obra de un artista, descubrir la mano que da la pincelada, el brazo que la impulsa, el hombre que la sufre o crea. Hablar de la obra de Agustín Abarca sin referirnos a su individualidad, sería quedar trancos en la verdadera apreciación que la "crítica" o los *historiadores* del arte chileno, hagan. Se ha calificado la obra del pintor con el epíteto de "romántica"; no dudamos que muchos en nuestra época pequen de una sonrisa más o menos comprensiva al enunciar este romanticismo. Y romanticismo no de lentos crepúsculos o de desorbitados elementos; romanticismo de pura cepa, si queréis, y no de apasionado ahondar en una paleta dionisiaca, pues, tras los árboles, tras los grises que caracterizan parte de su producción, se sorprende al hombre vuelto con sigilo hacia la penumbra del sueño de los árboles del sur chileno como beatificado en la lección del ilustre ginebrino Juan Jacobo Rousseau. Abarca hizo una auténtica vida de paisajista, catando en el mismo terreno de Nahuelbuta, Victoria, Curacautín, Talca o los alrededores de Santiago o los infinitos lugares hollados por su pie, los instantes, las horas, la variada perspectiva de un mismo paisaje. Fué un incansable buscador de impresiones, pero, os lo aseguro, jamás recurrió a la cámara fotográfica o a la tarjeta postal para alcanzar la lejanía, sino que, caballete a cuestas, se aprestó a vencerse, a fustigarse, a no cejar en su afán de gozador de paisajes. Su pasión por sobre todo fué ésta, gozarlos hasta donde las palabras carecen de estricto significado, y después, recién después comenzar su estudio, su disciplinado estudio. En ese instante no cedía nada más que a sus propios impulsos; carecía de importancia la posibilidad de "hacer" una exposición con su obra. Ni siquiera llevaba la enumeración de las acuarelas que pintó en la temporada última ni se le ocurrió distribuirlas en las murallas vacías de su casa. La obra se unía a la obra. Allí estaba en su casa de Los Guindos. Yo lo vi contemplar con delectación poco común los árboles de Tobalaba y supe que más de alguna vez se sintió aprendiz de un oficio que dominaba desde aquel día en que viendo pintar a don Pablo Burchard en la ciudad de Talca, comprendió que para siempre sería un pintor (¡io sono pittore!). No le preocupaba la nombradía, aquella torpe manera que tienen ciertos "artistas" de estorbar la sobriedad de nuestra cultura, pechando en los periódicos para que el cronista tal o cual comente sus últimas genialidades. Agustín Abarca carecía de la insolencia y del derrotismo, de la sofisticación y de la envidia que ha caracterizado a más de algún artista de las generaciones pictóricas del país. Prueba de ello es que, habiendo obtenido las más altas recompensas en los Salones Oficiales y extraoficiales, nunca reclamó el lugar que le correspondía en la plástica nacional. No movió los hilos de ninguna taumaturgia ni le hostigó los días el cominillo del ambiente. Su pasión de serenidad, su pasión de modestia, su pasión de silencio, su pasión de verdad expresiva, lo alejaron de todo grupo, de todo oficialismo o proselitismo gremial. Siempre estuvo donde el artista mostraba su mejor vestimenta, la de la llaneza y autenticidad; y no escatimó en la intimidad los elogios a la obra apasionada de los jóvenes ni despotricó contra los viejos para ganarse la sim-

patía de quienes, como nosotros, ajenos a su arte, pero sí admiradores de su personalidad, nos esforzamos por darnos en plenitud.

Agustín Abarca, tal vez demasiado celoso de su pasión de serenidad, viene ahora, una vez más, casi involuntariamente, a mostrarnos su insospechada personalidad, su obra que ha de quedar como un lúcido testimonio de maestría.

Ante todo predomina en su conjunto el paisaje, árboles, composiciones de estos árboles, caseríos, etc. Pero son los árboles y su gama infinita los que persisten en quedarse con nosotros. Y no es porque la obra del pintor esté ausente de variedad, sino que en su gran mayoría el árbol es tema, nudo, leit-motiv. El árbol constituye una de las pasiones de serenidad y silencio del pintor Agustín Abarca. Y no unos árboles a quienes (así, a "quienes", personificándoles) se olvide. Son árboles que no conforman la multitud del bosque. Es el árbol rescatado de su castillo de la selva; ese árbol aislado o en conjunto que no sabemos cómo ni por qué adquiere nombradía, independencia; son estos sabios árboles a los que Agustín Abarca logró darles caza; de ellos aprendió lo que algunos colegas artistas sólo lograron aparentar o pasajera.

Ahora bien, el paisajismo en la pintura de Agustín Abarca no se infiere por los motivos (árboles, lomas, casas, matorrales o lagunas, etc.), sino que se precisa aún en aquellos cuadros donde las figuras en los interiores de un salón tienen la sugestiva apariencia de los árboles a la intemperie; vestigios de ese universo que el pintor llevaba en su sensibilidad y que, donde sea, constituirá el motivo esencial de su obra. Paisaje, decimos, aún en aquellas habitaciones de quietud a las cuales el pintor impuso un dejo nostálgico.

Agustín Abarca se entregaba místicamente al paisaje y su pasión era comparable a la de otros grandes del arte chileno como Valenzuela Llanos, Juan Francisco González, Pablo Burchard. Comparable a la pasión que el Padre Alonso Ovalle tuvo por la naturaleza de Chile, pasión verdadera de gozador sin hartazgos que lo salvó del medio donde la carrera del artista suele hacerse a costa de compadros y demás fórmulas que jalonan algunas consagraciones. No en balde por su espíritu le andaban los bosques del sur; se sabía hasta lo imposible los misterios de las hojas. Estar con él era una aventura casi siempre apasionante. Descubría los capullos de la atmósfera enredada en las malezas otoñales del huerto de su casa; se quedaba quieto, aunque sus ojos refulgían de entusiasmo cuando lograba poseer en su pupila un nuevo motivo. Una vez nos descubrió en una lata enmohecida y clavada en un muro cerca de su taller un paisaje de ocre y sienas que se definía al par de sus palabras. Era la magia del artista puesta en juego en un minuto tan suyo.

En nuestro medio Agustín Abarca representó aquella fenecida tienda de maestría, ajena a improvisaciones más o menos fáciles para conmover la epidermis del snobismo; su persona y su obra, es de Chile, junto a pocos artistas, una lección de sabiduría y sobriedad.

SU VIDA. AÑOS DE INICIACIÓN. APUNTES AUTOBIOGRÁFICOS DEL PINTOR. Las palabras que sirven de epígrafe al presente trabajo nos imponen un re-

torno permanente a su vida de hondo quietismo, de precioso escabullirse a las veleidades, pues ella está ausente de concesiones a lo efímero, demasiado nutrida de su alma de artista esencial. En esas palabras hay un dejo de timidez y de seguridad ennoblecida por el ánimo superior de perfección y ahí, apenas bosquejadas, escapándose a la mirada inquisitiva de otros, ellas finalizan los apuntes que sobre algunas informaciones de su vida escribiera don Agustín. El lápiz está casi desvaído y sin embargo, ahora, por esa rara casualidad de los hechos cotidianos, por esa ausencia de premeditación que anima los hechos trascendentales, las palabras del epígrafe exornan con precisión inigualable estas páginas destinadas a organizar su gesta interior. Obligados nos vemos, pues, a precisar algunas fechas y a soslayar tantas para que, junto a las personas y acontecimientos de la vida artística de Chile, constituyan en conjunto la carta espiritual de su travesía por la cultura pictórica del país.

Agustín Abarca nació en Talca el 27 de diciembre de 1882. Su estirpe de pura cepa campesina estaba afincada en parientes, abuelos y tíos poseedores de tierras en la región. Con letra caligráficamente escrita en este cuadernillo que hemos rescatado al tiempo él nos dice: *"Mis padres eran campesinos y mis primeros años fueron vividos en plena naturaleza con toda la libertad de un pequeño salvaje"*. Su infancia supo solazarse con esa entrega total a la vida simple del rincón provinciano. De aquellos años datan sus amores con esteros, cerros y bosques. Con sinceridad don Agustín nos dice que *"aún no me daba cuenta de las bellezas y encantos que encierra la naturaleza, pero ya las presentía"*. En este aprendizaje inicial de su niñez el artista futuro avizoraba ya la pasión que lo distinguiría entre sus colegas de generación: la entrega desmedida a los goces que el paisaje en su íntima sustancia le prodigaba.

Hizo sus Humanidades en el Liceo de esa ciudad, pero tuvo que interrumpir sus estudios, pues su madre enfermó y él se empleó en una notaría como escribiente. *"Al fin de mes gané 15 pesos"*. Gracias a un señor de la Tesorería Fiscal obtuvo en esa repartición un puesto que le significaba una entrada de treinta pesos mensuales. *"Al año ascendí a auxiliar y gané 50 pesos, ya con nombramiento oficial"*. Corría el año de 1900 cuando conoció al pintor don Pablo Burchard en curiosa circunstancia. Don Pablo era, en ese entonces, profesor de dibujo en las Escuelas Superiores y de una escuela nocturna que funcionaba en una biblioteca de esa ciudad. En la Tesorería Fiscal le correspondía al futuro pintor pagar al profesorado *"y tuve la oportunidad de hacer un favor al señor Burchard. De vuelta de vacaciones en el mes de marzo el señor Burchard fué a pagarse de los meses de enero, febrero y marzo. Yo le llamé la atención sobre si había cobrado el mes de diciembre y me contestó que no se acordaba. Le dije al señor Burchard que yo le tenía ese sueldo y que se lo podía pagar. El Tesorero, que estaba escuchando, me llamó y me dijo que le demostrara que ese sueldo no había sido cobrado y tuve que llevarle las planillas para que se asegurara que el señor Burchard no había firmado ni la planilla de pago ni el boletín. De todas maneras —añadió— Ud. es responsable si hay alguna dificultad,*

agregando que le parecía muy extraño que a una persona se le olvidara pagarse de un mes de sueldo. Pagué al señor Burchard bajo mi responsabilidad". El destino ponía cerca a dos personas, un artista formado y de prestigio y a ese muchacho cuya carrera burocrática le auguraba un porvenir sin relieves. Pero ya los acontecimientos gestaban el futuro pletórico de posibilidades que harían del joven Abarca un soñador empedernido: "Pocos días después, volviendo de una excursión al campo, encontré en un camino al señor Burchard pintando con dos jóvenes. Me detuve detrás de él observando cómo pintaba tan bien casas, árboles, animales, planos de verduras y suelo. Y qué lindo era el color. Molesto el señor Burchard por la presencia de un extraño a su espalda se volvió y me reconoció, levantándose y dándome los agradecimientos por su mes de sueldo que si no lo cobra lo habría perdido. Luego me preguntó si me gustaba la pintura. Yo le contesté entusiasmado que eso era lo que me agradaba. Al ver mi entusiasmo me tomó desde ese día como uno de sus alumnos. Asistí a las clases nocturnas y en el día lo acompañaba al paisaje en mis horas libres de oficina. En esas condiciones estudié en Talca dos años con el señor Burchard y como este señor se trasladó a Santiago, presenté la renuncia al puesto que servía para venirme (a la capital). Al entregarla a mi jefe y al imponerse del motivo me dijo: —Vaya, hombre, no sea loco. Aquí está Ud. muy bien; tiene una carrera asegurada; en cambio, los pintores en Chile, se mueren de hambre. Mi madre había muerto hacía poco. Me vine a Santiago a casa de una familia amiga pagando una pensión muy cómoda".

Una vez en Santiago el decidido joven discípulo de don Pablo, ya con una recomendación del pintor, se fué a la Academia de la Universidad Católica que funcionaba en calle Puente donde hacía clases don Pedro Lira. Empezaba la senda disciplinada del estudio plástico: "Estos estudios se hacían en la mañana; en las tardes me dedicaba al paisaje, ya fuera con pintura, acuarela o dibujos al carbón". Estos años de iniciación fueron también los del conocimiento sobre el ambiente artístico. Tanto la Academia de la Universidad Católica como la del Estado que funcionaba en calle Matucana no tuvieron secretos para su avidez de principiante.

En la Academia de Pedro Lira recibió lecciones de dibujo del yeso y de paisaje. Mientras tanto se familiarizaba con las exposiciones de Santiago y visitó por primera vez el Salón Anual. Por aquellos días el maestro Pedro Lira había terminado un cuadro en el salón-teatro del Manicomio. Don Agustín recuerda en este cuadernillo que glosamos: "... y fuimos a verlo. Muchos lo admiramos, como era natural; en cambio, otros le hicieron duras críticas". Es curioso que don Agustín recuerde con tanta precisión el cuadro del maestro, pues pareciera ser una referencia en su alma delicada de artista a lo que le sucedería al otro día con su maestro: "Al día siguiente de esto llega don Pedro a corregir los trabajos de sus alumnos y cuando llega mi turno, mira lo que estoy haciendo y después de un rato me dice: —Ud. no ha hecho nunca una cosa que me agrade—, y se fué. Al asestarme este golpe me hizo reme-

morar mi pueblo; mi carrera abandonada para seguir estudios sin condiciones; ese día fué de plena amargura. Sin embargo, no me dejé abatir y mi fuerza de voluntad se impuso al desaliento. Reuní mis dibujos de paisaje y en la clase siguiente se los mostré a don Pedro. Los quedó mirando detenidamente y se volvió hacia mí: —Estos dibujos me los va a presentar en la exposición de fin de año junto con sus dibujos de la Academia. Ayer fuí muy duro con Ud. Discúlpeme”. El joven artista cobraba nuevos bríos después del chaparrón del maestro. Pero todavía escuchaba en su mente de joven apasionado las palabras de su jefe en la oficina de la Tesorería de Talca:

—No sea loco, hombre. . ., los pintores en Chile se mueren de hambre.

Llegó el concurso de final de año: *“Teníamos que dibujar un torso del Jaso y una cabeza del natural. Hice mis dos estudios y al final me entusiasmó un contraluz de la cabeza del modelo y lo hice en una mañana. A los compañeros les gustó y también lo coloqué en mi grupo junto con los paisajes”*. El destino del artista estaba por decidirse. Del Jurado formaba parte Alberto Valenzuela Llanos junto con otros dos señores y don Pedro. Cuando llegaron al *“panneau”* del joven Abarca, Valenzuela Llanos dijo: *“Este es paisajista”*, y otro de los señores del Jurado agregó: *“Esta cabeza acusa a un pintor”*. Hay en estas palabras que hemos estado transcribiendo un hondo sentido de la humildad, de respeto, un deseo profundo de no dejarse abatir. Pero también ellas llegan hasta nosotros saturadas de candor, de limpia e ingenua prestancia. Véase este trozo que sigue: *“Con un compañero habíamos acordado antes del concurso que si nos premiaban nos banquetearíamos con un dulce que habíamos visto en una vitrina, y que costaba 30 centavos. Nos dimos el placer de comprarlo y nos volvimos a casa en la imperial de un carro San Pablo”*. De más está decir que entonces obtuvo su primer premio en dibujo. Terminado el año de actividades en la Academia y habiendo recibido ya su galardón, volvió a su ciudad natal con una carta de recomendación de don Pedro Lira para el doctor Crisólogo Molina, pues con la vida de estudiante pobre y el trabajo, la salud se había resentido. El doctor Molina lo acogió cariñoso y lo invitó a irse con él a la cordillera, al aserradero Colbún, a orillas del Maule. Bien aperado de materiales se iba el joven artista en sus vacaciones por esos mundos de la provincia.

En plena montaña, en el lugar exacto por donde las maderas eran almacenadas camino al aserradero, ahí mismo se dedicaba a dibujar al carbón, en su papel Ingres, los motivos que le daba el aserradero y la montaña o las orillas del Maule. Todo se conjugaba favorable para su ardua labor de estudioso del paisaje, pues hasta uno de los maestros del aserradero con quien se había hecho muy amigo, le había fabricado un caballete y un tablero. Logró tener una veintena de bien estudiados temas con los cuales, y a sugerencia del doctor Molina, hizo su primera exposición en Talca en los almacenes de los diseños del aserradero de Colbún. El mismo doctor Molina le ayudó en la elección de los dibujos. La exposición quedó a cargo de uno de los empleados de esos

almacenes y él partió de nuevo a la montaña. En el aserradero le encomendaron pasar en limpio los libros de contabilidad: *"Después ya cansado de números salía a dar un paseo. Allí cerca había una montaña de robles no tocada y me preparé con mi bastón y fui a verla"*. Entre esos árboles de cuarenta y cincuenta metros de alto, *"completamente derechos como columnas de un templo gigantesco"* el artista se sintió sobrecogido por *"la soledad inmensa que daba miedo"*. En estas excursiones inolvidables aprisionaba su alma de artista esencial los elementos que después se organizarían maravillosamente: *"Cada vez encontraba temas más bellos y mis excursiones eran más reposadas. Los días nublados eran maravillosos. Hubo algunas tormentas y lluvias torrenciales. Quién hubiera podido trasladar a la tela todos estos motivos impresionantes. De vez en cuando sentíamos como chasquidos y detonaciones, eran rayos caídos sobre aquellos robles inmensos"*.

Terminada su labor en Colbún y con una enjundiosa colección de dibujos, se vino a Talca, donde retiró su exposición que fué muy admirada, pero no vendió ni una sola de esas obras. Regresa a Santiago con una carta del doctor Molina para el Intendente de la capital, don Pablo Urzúa: *"... y este señor me proporcionó un puesto en una oficina fiscal de dos horas diarias"*. Así pudo continuar sus estudios. Su obra de vacaciones se la llevó a don Pedro Lira, quien lo felicitó y adquirió cuatro de los dibujos. El interés que el maestro había tomado por el joven artista ya lo había puesto de manifiesto en una de sus críticas de El Diario Ilustrado del 22 de noviembre de 1907, a propósito del Salón de Independientes. En ella terminaba augurando para algunos jóvenes estudiantes un porvenir promisorio en el arte nacional. Decía el viejo pintor: *"Y concluiré este segundo artículo llamando la atención sobre tres jóvenes estudiantes, los señores Ag. Abarca, C. Isamit y Jorge Letellier, cada uno de los cuales se presenta con un lote de pequeños paisajes, en los que se ve despuntar una esperanza tan radiante como la aurora que anuncia un bello día. Si mi vieja experiencia no me engaña, los años venideros nos probarán que nos hallamos al frente de tres nuevos artistas"*. Pedro Lira. Sin lugar a duda que los años han confirmado al pintor de "La Carta", pues artistas como don Agustín y don Jorge Letellier prestigian nuestro arte, el acervo pictórico del país.

Siguió, pues, sus estudios en la Academia del maestro. Valenzuela Llanos, que visitaba a menudo los talleres, le hizo mostrar todos sus dibujos y le eligió los que debía mandar al Salón diciéndole: *"Estos dibujos prometen un gran paisajista para Chile"*. Ese fué el primero y más intenso contacto con el artista. Lo invitó a su casa y le pidió que le mostrara todo lo que hiciera en lo sucesivo. Ese año de 1908 envía once dibujos: *"Puse siete de mis dibujos en marco y con los cuatro de don Pedro, presenté al Salón 11 dibujos. Obtuve mi primer premio oficial, Tercera Medalla"*, por unanimidad. En el Jurado de recompensas formaban figuras destacadas de la intelectualidad de su tiempo, los señores: Ramón Subercaseaux, Alejandro Huneeus, Fernando Alvarez Sotomayor, Emilio Jecquier, además de Richón Brunet y Manuel Rodríguez Mendoza designados por los exponentes.

En este cuaderno que nos ha servido para seguir su etapa de formación el pintor dice que ya empieza a conocer a fondo los altos y bajos que jalonan la carrera de todo verdadero artista: *"Tuve amigos y enemigos y entré de lleno en el ambiente conociendo de él cosas muy amables y pinchacitos muy agudos"*. Estas mismas páginas suyas nos hablan con franqueza de la severidad de los jurados de admisión, pues, aunque en esa época se presentaban a los Salones cuadros de grandes dimensiones de Agustín Araya, Fossa Calderón, Carlos Alegría, Benito Rebolledo, obras de Backaus, paisajes de Valenzuela Llanos y Onofre Jarpa; obras de Aspillaga o marinas de Casanova Zenteno o cuadros de Carlos Restat, ese año rechazaron a Benito Rebolledo con un cuadro de gran tamaño, *"La trata de blancas"*: *"Era un prostíbulo. Las mujeres a la puerta llamando a los clientes, haciendo con sus manos movimientos llamativos"*. El crudo realismo de Rebolledo hizo impacto en la sensibilidad del severo jurado y la obra no tuvo el honor de ser vista por la alta burguesía de ese tiempo. Furioso, el pintor rechazado retiró todo su envío y lo expuso en una de las veredas anchas de la calle Ahumada, *"causando la admiración de muchos y la risa de otros. Nosotros, un grupo de admiradores de la obra, montábamos guardia, escuchando chistes, recriminaciones y viendo el barullo. Por suerte después de un medio día de exposición la cosa no pasó más allá, pero los comentarios duraron mucho tiempo"*.

En 1909 se incorporó a la Academia Oficial don Fernando Alvarez Sotomayor. Don Agustín con un grupo de jóvenes fueron a recibir sus lecciones: *"En sus cuadros vimos la riqueza del color que nos entusiasmó el ojo, y luego descollaron varios de sus alumnos como Exequiel Plaza, los hermanos Lobos, Pachín Bustamante, Jaime Torrens, el ñato Pridas, Jorge Letelier, Pedro Ovalle y otros"*. El ambiente artístico chileno se conmovía desde sus bases con la llegada a la cátedra del pintor hispánico, pues él traía una paleta rica de coloración, sustanciosa (*"nos entusiasmó el ojo"*), en comparación con el refinamiento de los grises que predominaba en la pintura de los Salones Oficiales.

Llegó la gran Exposición de 1910 con motivo del Centenario que tuvo un carácter internacional. Para los jóvenes artistas que no habían salido fuera del país, ella fué una cátedra rica de estilos.

Buena oportunidad tenía don Agustín de estudiar a los maestros extranjeros que estaban más de acuerdo a su temperamento. Dedicó horas enteras a los paisajistas. El lirismo incubado en su alma de joven intérprete de nuestra naturaleza encontraba en los cuadros expuestos un incentivo poderoso para realizar una obra personal. La Exposición del Centenario constituyó una doble experiencia, pues ese año gana una Segunda Medalla en pintura. Su prestigio de paisajista estaba ya echado. Es por aquellos años cuando se funda una Academia nocturna en calle Nataniel dirigida por don Nicanor González Méndez. Citemos textualmente: *"Aquí conocí otro grupo de pintores que se ganaban la vida haciendo letreros y pintando murallas y sólo tenían tiempo en la noche"*, para dedicarse al estudio de su arte. *"Qué bien se estaba entre ellos. Todos muy entusiastas y trabajadores. Tengo de esa academia muy*

buenos recuerdos". Paschín Bustamante era el alma de ese grupo de obreros-artistas que laboraban en la academia de la vieja calle Nataniel.

Fué en ese entonces cuando el pintor se dejó seducir por El Dorado del Sur de Chile. Las bellezas de Valdivia, Victoria, Puerto Montt, lo atraían de sólo ser nombradas. Decidió convertirse en su intérprete más auténtico "*y buscaba los medios como realizar mis deseos, hasta que un amigo se estableció en Victoria como profesor de la Escuela Normal y le escribí...*". En 1916 se consiguió un puesto de Inspector de la Escuela con una semana de trabajo y una semana libre por medio. Empezaba una época bien diferenciada en su vida de artista, intensa de trabajo, pródiga de nuevas experiencias. Hasta nosotros llegan nimbadas de nostalgia, pletóricas de entusiasmo sus palabras: *Vi realizadas mis aspiraciones y viví en mi semana libre en el interior de los bosques dibujando y pintando robles, laureles, mañíos, lingues y otros árboles de esa región. Todas las estaciones eran hermosas, el verano con sus campos amarillentos y aromáticos; el otoño, el invierno con sus inmensas lagunas y la primavera con sus campos cubiertos de flores. Qué hermosas eran las quebradas con sus arroyos, sus rocas cubiertas de musgo...*. Vida bucólica la del pintor en esos días de Victoria. Pero el artista no había perdido su contacto con la capital donde los valores de la cultura estaban en ebullición. Corría el año de 1925 cuando obtuvo con su envío al Salón Oficial, y por unanimidad, la Primera Medalla. En 1927 regresó a Santiago, "*encontrándome en un ambiente distinto, los jóvenes que regresaban de Europa traían en su retina nuevas modalidades en su arte, demostrando en sus cuadros las distintas escuelas y los nuevos caminos que traté de estudiar lo más a fondo posible para comparar con lo que yo hacía y tratar de no dejarme influenciar y (dispuesto a) seguir mi camino y no olvidar la coloración que traía en mi subconciente de lo exquisito del Sur de Chile. Muchos compañeros y maestros me alentaron en mi determinación y ví cómo mis cuadros eran muy distintos a los demás*". Hasta aquí llegan los datos que el mismo pintor nos ha dado en este cuadernillo que hemos estado glosando. Otros antecedentes, anécdotas, cosas y personas de su vida y su obra las dejamos escritas en las páginas siguientes.

RETRATO. En 1946 el pintor chileno Armando Lira entrevistó a don Agustín, y de esa visita realizada al taller de su casa de Los Guindos, Lira escribió una síntesis de su vida y un breve y enjundioso estudio de su obra que desgraciadamente no vió nunca la luz pública. Hemos tenido ocasión de leer este trabajo y nos hemos encontrado con un retrato del artista escrito con mano segura por Lira y que por lo acertado de su visión transcribimos:

"Tiene una estatura regular y cuerpo recio de atleta. Su bondadosa mirada acusa un alma noble que no conoce la envidia ni el rencor. Su cabeza erguida, poblada de abundante cabellera que

cae pertinaz sobre el cuello robusto, le da simpatía a su físico; algunas arrugas hondas surcan su amplia frente que no son el producto de cansancio, sino que ellas se han ido modelando por el asiduo trabajo de mirar el paisaje a pleno sol. Tal es la efigie y los rasgos psicológicos de este laborioso pintor chileno”.

Tenía don Agustín sesenta y cuatro años cuando Armando Lira logró esta estampa. Nosotros lo conocimos en 1941 y ya logramos aprehender algunos aspectos de su personalidad que aparentemente contradicen su espíritu contemplativo. La unilateralidad en que se suele caer para juzgar a nuestros artistas perjudica en grado sumo la comprensión exacta de sus vidas, y por qué no decirlo, de sus obras. Olvidan a veces los críticos y comentaristas los entronques psicológicos que toda obra tiene con el instante, las horas, la vida en sus ricas facetas, en su cambiante devenir. Se ha dicho demasiado sobre la obra de Agustín Abarca y su dejo poético ha servido para que unos cuantos entusiastas dejen caer sus informaciones truncas de autenticidad. Mirar hacia su vida haciendo alusiones a su espíritu romántico, a sus influencias de Teodoro Rousseau, Harpignies, Corot, etc., o a su modestia excesiva, es insistir en nociones sobradamente claras en su formación, pero que nada dicen de gran parte de su personalidad. Traigamos ahora algunas características curiosas de su alma múltiple. Don Agustín fué un extraordinario caminante, un desmedido andinista, hasta llegar a cansar a sus amigos con estas aficiones. Los kilómetros eran para él simples cuadras que esperaban su entrega total. Hemos conversado con el pintor catalán, nacionalizado chileno, José Boris, y él nos ha contado esas andanzas que con don Agustín y Jorge Letelier hacían por Lo Ermita y El Manzano. Pero el goce que el pintor ponía en su entrega desmedida lo llevaba a extremos que casi le costaban la existencia. Una vez se perdió en El Manzano y todo por la porfía de remontarse por un sendero que no conocía, de tal modo que Pepe Boris y Jorge Letelier desistieron de su intentona y lo dejaron ir solo. Esa noche no bajó al pueblo.

—Creímos que hasta ahí había llegado nuestro amigo. Una mujercita nos preguntó en un boliche donde nos recogimos, si nuestro amigo ya se había marchado. Tuvimos que decirle la verdad. No había bajado. Estuvimos con el alma en un hilo— Pepe Boris cuenta con inquieta prestancia las alternativas de esas horas cordilleranas. Al otro día, de madrugada casi, vieron aparecer el pintor en un recodo de la línea del ferrocarril militar. Venía de lo alto, como si no le hubiera sucedido nada. Había pasado a la intemperie, cobijado únicamente con la idea del puma que merodeaba por esos lugares. Ni más ni menos, don Agustín le había visto la cola al “lión” y pensaba que de esa no se libraría. Picarescamente cuenta el pintor Pepe Boris estos hechos. Pero en estas aventurillas por los cerros estos artistas chilenos sabían dar rienda suelta a su entusiasmo gastronómico y el cocaví era dado de baja en un dos por tres con una fruición digna de un caballero andante en ayuno de semanas. No faltaba el generoso vinillo que alegraba los

ánimos, que daba un tono de cordialidad y picardía a esas horas de sabroso vivir. Y el arte de gozoso caminante de don Agustín hacía contrapunto con el pantagruelismo que caracterizaba su vida de artista que había vivido en las pródigas tierras sureñas. Y su generación, la de Pedro Luna, Arturo Gordon, Exequiel Plaza, Paschin Bustamante, Alfredo Lobos, etc., aquella fenecida en generosa entrega a lo vital, dilapidando talento y gracia, se caracterizó por ese profundo amor a lo vital, nacido al par con los causeos y el queso de cabra aderezado con la honrosa cebolla y el vino alegre. Una lozanía nacida desde adentro, desde el alma le hacía tomar el buen vivir como un arte. Sus desayunos constituían un acontecimiento y eran capaces de asombrar al mejor comedor del mundo. Sin duda que su afición por el buen comer la heredó de su padre, un gordezuelo varón talquino, muerto a consecuencia de una hartura fenomenal. De esta otra pasión de don Agustín data aquello que decía sobre su estada como inspector en la Escuela Normal de Victoria:

—Era mejor hacerse muy amigo del ecónomo de la Escuela que del director, pues así mi porvenir alimenticio estaba asegurado, como que llegué a pesar ciento quince kilos en un año.

¿Dejaba por eso de ser un magnífico artista, un reconcentrado amante de su arte? Jamás. Y sin embargo, la naturaleza selvática del sur lo santificaba de modo de conmoverse hasta lo indecible con el recuerdo de sus bellezas. Hay todavía algunas facetas curiosas en nuestro artista. Nadie o casi nadie sabe que don Agustín había sido un notable jugador de tenis. Hay algunas medallas que recuerdan la práctica de ese deporte. Jugaba con la izquierda y tenía un golpe tan rudo que una vez le rompió la rótula a un contrincante. En cambio, era su mano derecha la que daba esos toques precisos con la acuarela. Vida la de don Agustín cuajada en contrastes. Ese arrobo suyo ante la naturaleza se comprende, más aún, si tenemos presente que antes de su ida a Victoria como inspector de la Escuela Normal tuvo que desempeñarse en un puesto en Investigaciones, donde su trabajo consistía en quebrarle los huesos de las falanges de las manos a los muertos de la morgue para tomarles las huellas digitales. Y todo esto por un sueldecito miserable. Y qué artista del espíritu no había en él. Pese al contacto duro con la vida no dejó de conmoverse con ninguna forma del espíritu. Alguna vez practicó el espiritismo. Fué asiduo asistente a las lecciones de los rosacruces. Había alcanzado la plenitud de la serenidad en un aprendizaje hondo, pleno de contenido existencial. Difícil se hace, pues, reducir a esquema los hechos que configuraron sus rasgos más definitivos. Por ello espanta a veces la ligereza que tienen algunos "connaisseurs" de arte cuando reducen a un constante inamovible la obra y el "estilo" de vida de nuestros artistas. El término "*romanticismo*" en ciertas esferas cultivadas a medias significa ser un contemplativo varón de ensoñada apostura, carente de vitalidad, y anacrónico, por añadidura.

LOS AMIGOS. Las alternativas de su vida de artista eran enriquecidas con la amistad de algunos colegas pintores u otros intelectuales de su

generación. Sabía rendir culto a estos amigos, admirando sus talentos, gozándose con su conversación, aprendiendo de sus andanzas por el mundo. Los años de Victoria le dieron también por esas tierras la admiración sincera de algunos maestros de la Escuela Normal, que estimularon su arte. La solicitud puesta por tan delicados amigos le dió una fe en el hombre, esa fe tantas veces perdida en sus luchas silenciosas de Santiago; esa confianza tantas veces olvidada, sacrificada por los sinsabores y postergaciones.

Entre sus más íntimos amigos debemos señalar al pintor Jorge Letelier, con quien, y desde su lejana juventud lo unió una amistad ininterrumpida de más de cuarenta años. Se conocieron en Talca, en el Taller en que don Pablo Burchard daba sus clases. La amistad de ambos se afincaba en un contraste rotundo, pues Jorge Letelier se ha caracterizado por un espíritu escéptico, racionalista, con un hondo sentido crítico, mientras que don Agustín dejaba que su arte naciera de un sentir acendrado, con la intuición aguzada, alerta, maravillada de naturaleza. Don Jorge fué un acicate crítico en la vida de nuestro artista. Actualmente catedrático de la Escuela de Bellas Artes, se cultivó sobradamente en su estada en Europa. Francia le dió su elegante franqueza, ese criticismo que exige del arte un conocimiento verdadero, sin los artilugios de la improvisación.

Nos ha tocado saber mucho de esta amistad a través de las cartas que escribiera Jorge Letelier a don Agustín cuando nuestro pintor hacía su labor en Victoria. Cuánto tiempo cernido en ellas, cuánta vida que se escapa a la historia rígida, a la nomenclatura crítica. En esas cartas el pintor Letelier se mostraba como un espíritu culto, preocupado ante el fenómeno humano y artístico. Su estética la dejaba bien establecida en esta cita que tiene aún vigencia por la modernidad de su enfoque:

“Cada día me interesa más la pintura por la pintura. Fíjate bien qué decadencia. Ni el sentimiento, ni la poesía, ni la inteligencia. La sensación, la “morbidez”, la coloración, en fin, el goce de pintar, la voluptuosidad de pintar y adiós el resto”.

Nunca estas palabras iban a tener mayor significación que cuando ambos pintores, en compañía de otros artistas, se daban al goce puro de la pintura en los años de plena madurez. Para don Agustín, para su obra de estos últimos veinte años, nunca palabras venían más al justo para ser intérpretes de sus acuarelas y pasteles.

La amistad de don Agustín y don Jorge, robustecida con los altos y bajos del carácter agreste del pintor de “El Solitario”, y el más sociable de Letelier, solía tener momentos de grata comunión. Era cuando don Jorge lo visitaba en su casa de Los Guindos y bajo el parrón añoso o en el interior del taller que don Agustín se construyó con sus propias manos, entre sus pinceles y caballetes, entre el hacinamiento de marcos que él mismo fabricara con molduras especiales, ahí los dos pintores se deleitaban en la visión de los apuntes de ambos. Se entregaban a la “morbidez”, al placer de mirar. A veces, desde el interior de las ha-

bitaciones del primer patio, se escuchaba la carcajada sonora de don Agustín y la risita picaresca de don Jorge. De seguro que un recuercillo atizaba esas jornadas en el taller de la vieja casa de la calle Hamburgo. ¿No recordaba entonces el pintor sus felices noches del sur, los días de su labor intensa de artista inmunizado de todos los problemas que la capital impone al pintor en su lucha de exponente o rechazado de los salones? Pero don Agustín había dejado a su partida un hogar, pues se había casado el año 1915 con doña Rosa Valenzuela Arriagada y tenía en su esposa una colaboradora acuciosa que le llevaba y traía los envíos a los salones o trajinaba los papeleos de sus asuntos santiaguinos. Eran los años también de mayor inquietud en Santiago. Mientras la Colonia Tolstoyana había hecho su labor en San Bernardo, y Los Diez, en la vieja torre de la calle Santa Rosa, elevaban su canto al creador ante la magia del juez rural y fino poeta y novelista Pedro Prado, a quien nuestro pintor había conocido en uno de los talleres de comienzos de siglo cuando el joven Prado ensayaba su talento en la pintura, don Agustín tenía su aprendizaje en esa cátedra sureña, donde los bosques lo habían raptado en sus viajes de ardoroso creador.

Más de alguna vez don Agustín visitó la región del Maule y estuvo unas temporadas en las tierras del poeta Jorge González Bastías, con quien mantuvo una amistad sincera, aunque no continúa. De su permanencia en "Infiernillo", el pintor logró tomar muchos apuntes a la acuarela e hizo allí una vida como a él le gustaba, casi a la intemperie, pero cobijado bajo el alero patriarcal del autor el "POEMA DE LAS TIERRAS POBRES". En una de esas jornadas por las serranías, don Agustín, aficionado desde sus años en la selva sureña a gustar los tallos silvestres, tuvo la mala ocurrencia, sin mucho conocimiento sobre los hongos comestibles, de comer unas hermosas callampas que le hicieron caer postrado esa noche. Una transpiración intensa parecía lavarle el alma desde los huesos, le transminaba el organismo y la fatiga lo debilitaba cada vez más. Bajo los cuidados de una hermana del poeta y ante los propios cuidados de Jorge González Bastías, don Agustín pasó la madrugada en una agonía indescriptible. Pero el amanecer vino, y vaya uno a saber qué organismo tenía el pintor que soportó el envenenamiento. De tempranito el poeta lo fué a ver.

—Casi se nos va anoche— le dijo. Las palabras del poeta parecían traerlo a la vida, sintió una frescura, un calorcillo y después con el desayuno y el aire y la amistad y la caminata el pintor estuvo como nuevo.

—De esta no se libra nadie— le había dicho el poeta. Es realmente milagroso que Ud. esté en pie.

Hermosa amistad con el poeta que le brindó solar y poesía. Muchas veces don Agustín nos habló del poeta. Su libro "MISAS DE PRIMAVERA" lo recordaba con admiración profunda.

En carta fechada el 29 de julio de 1943, en Estación Infiernillo dice el poeta: *"Mi estimado amigo: Gracias por haberme dado su dirección. Ya sé dónde pillarlo si consigo ir a la capital. Contesté su*

primera carta a la Escuela de Bellas Artes, pues se me ocurre que desde ahí se la reexpidieron a su casa. Mientras mi jente¹ esté enferma en Santiago, no tengo esperanza de moverme. No puedo dejar a mi hermana completamente sola... Si Ud. vuelve a Talca, avíseme para ir a verlo. Bien podemos hacer otra excursión por estas orillas. Llegar a las esmeraldas no es posible por ahora. Mis respetos a todos y para Ud. el más cariñoso saludo de su viejo amigo Jorge González Bastías". En la fechada el 8 de julio del mismo año: "*Por acá con unos fríos espantosos y haciendo los trabajos de la época. Con la ida suya parece que también se fueron las nieblas, en parte al menos. O bien se pegaron a sus telas, orgullosas de haberse convertido en obras de arte. Recibí carta del Sr. Veloso acusando recibo del libro que Ud. entregó a la señora. Sentí mucho no haber ido con Ud. a esa casa para que hubiéramos escarbado en el cerrito..."*

Como se ha podido comprobar por la cita de estas dos cartas, el poeta, al parecer, había encandilado al pintor con una historia de un entierro de piedras preciosas en no sé qué parte. Hermosa historia que hacía de ellos dos aventureros de la poesía verdadera. ¡Ir a escarbar en el cerrito! Qué humanidad más delicada, afiebrada por la sed de belleza en cada día, aspirando como en un sueño de hadas a enriquecerse en un dos por tres. Esta inquietud la tuvo también más de alguna vez don Agustín en Santiago a instigación de algún conocido. Ahora se trataba de unos entierros que según se decía había en los faldeos del San Cristóbal. Con un pequeño grupo de amigos se internaron de noche por los cerrillos del lugar llamado La Pirámide, en busca de los mentados entierros fabulosos. En esa excursión aventuradísima para la imaginación, lo acompañaba el buen señor don Augusto König, artesano, tallador en madera, espíritu de trabajador medieval, germánico en su comportamiento con las cosas, tal era el amor que ponía en todos sus trabajos artísticos. Fino trabajador de su arte, con esa paciencia y sabiduría detallista y minuciosa, el señor König se preparaba al ensueño de tan deseado entierro. Pero por quién sabe qué causa el entierro se corrió. ¿En ello no hay una vez más testimonio de la pasión de belleza interior cribada en un amor a lo profundo de nuestros artistas?

Allá por el año 1935, solía ir a la casa del pintor su colega Pedro Luna. Las veladas junto a otros artistas eran inolvidables. Pedro Luna se instalaba en el piano del salón provinciano y empezaba a ejecutar con maestría inigualable a sus maestros preferidos. Atardecía en el viejo solar de Los Guindos y aún se escuchaban las notas de una toccata o un preludio de Bach. Pedro Luna unía ya por entonces a su estampa cordial una personalidad de artista múltiple. Había estudiado piano con severos maestros en Europa y ahora para sus amigos santiaguinos daba esos conciertos íntimos. Después, casi anochecido, partía a su barrio Recoleta o bien se iba por esos mundos de Dios donde la bohemia hacía de las suyas en el Santiago moderno.

¹ Mantenemos la ortografía original.

En la casa del pintor Agustín Abarca no entró la vida desorbitada en la que desgraciadamente algunos artistas quemaban su talento. Más de algún pintor o escritor dejó de ir por esos lares ante la falta de una mesa regada debidamente. Era como ir hacia un mundo donde la vida recogida de una familia pequeña se hacía al par con los acontecimientos en tono menor de la comuna. Ya por entonces iba don Agustín por los alrededores en busca de temas. Se conocía al dedillo la quebrada de Peñalolén. Había escalado hasta lo más alto la cordillera por esos lados. Su ansia de vida simple, patriarcal, eglógica casi, lo incitaba a esas excursiones. Lo acompañaba ya por aquellos años su hija, con quien se entendía a las mil maravillas. Y no es para menos, su espíritu reconcentrado ante la belleza de la naturaleza y el arte se gestaba en ella como la mejor herencia que su padre habría de dejarle.

Dignas son de recordarse en estas páginas las reuniones que tenían algunos pintores en casa del acuarelista y arquitecto don Ramón González Henríquez. En casa del fino artista don Ramón se reunían Pablo Burchard, Agustín Abarca, Jorge Letelier y alguna vez otro pintor. Ya se habían hecho un rito las sesiones de los días miércoles en la casa-quinta de la calle Irrazaval. La ausencia de uno de estos artistas sólo era justificada por la enfermedad u otro motivo demasiado grave. Las reuniones que se daban esos bárbaros sólo eran interrumpidas por las críticas acerbas que se hacían. Eran niños jugando al arte. Y qué acuarelas no se hicieron en esas sesiones. En ellas el espíritu agudo de Letelier acribillaba a sus colegas.

—Limpia tu paleta, Agustín— le decía a nuestro pintor. Don Agustín pintaba con una paleta indescritiblemente saturada de todos los colores imaginables, lo que no impedía sacarle los más puros y transparentes matices. Jorge Letelier rabiaba de lo lindo por la porfía de su amigo y tenía una grata sorpresa al fin cuando constataba que la acuarela pintada por don Agustín mostrábase con las más puras galas. De esa paleta imposible de describir, el pintor transmutaba la materia con su arte mágica de artista ejemplar. Hermosas sesiones de arte y camaradería que no volverán. Don Ramón González ofrecía su casa con unción. Su salón mostraba un gusto delicado; muebles y antigüedades atestiguaban el rango y gusto de una familia criolla de abolengo. Acuarelista de refinada pupila, don Ramón rendía un apasionado culto al arte. Su pintura carente de los elementos rígidos que caracterizan gran parte de las acuarelas de los arquitectos, denota un espíritu cultivado en su oficio. Frutas y flores de su huerta encontraban en don Ramón un intérprete enamorado. Su refinamiento lo había llevado a gustar sobremedida el arte chino. Platos decorados, estatuillas, pequeños botijos esculpidos en metal con su león de Pekín como símbolo, cerámicas, etc., se muestran todavía como testigos de los gustos de este pintor chileno. Nos ha tocado conocer ese medio donde las sesiones de los días miércoles constituían un acontecimiento. A través de la recordación que nos han hecho alguna vez en casa del pintor Agustín Abarca y esta otra que ahora nos hace el arquitecto Ramón González Santa María, hijo

de don Ramón, deseamos reconstituir, aunque no sea nada más que esquemáticamente, esas horas de nuestros artistas chilenos. No sólo el testimonio de las personas, familiares de ambos pintores, nos acompaña en esta breve impresión, sino también esos abanicos dieciochescos pertenecientes a la colección de la familia de don Ramón González. Allí están mudos ahora, pero plenos de los minutos de otra época en nuestro arte pictórico. Abanicos y objetos chinos, el refinamiento oriental y occidental, síntesis en la formación de la personalidad de Ramón González, están presentes también en su arte de más destacada factura y estilización. Don Ramón sabía ser amigo de sus amigos y, ahí, esos artistas del arte chileno: Burchard, Abarca, Letelier, le daban una alegría intensa. Entonces era cuando su hospitalidad alcanzaba su culminación. Alguna vez lo vi a don Ramón González retribuirle las visitas a don Agustín en la casa de Los Guindos. Una barba nazarena le orlaba el rostro y le daba un dejo de hondo cavilar, de quieto acontecer, ajeno a las veleidades. Don Ramón fué otro de los amigos del alma de nuestro artista.

Con el músico Remigio Acevedo lo unió igualmente una amistad que en los últimos años se hizo más lejana. Siempre recordaba don Agustín las sesiones que se diera con Remigio —como el decía—. Sesiones de música o de espiritismo. Don Agustín lo siguió en sus pequeños triunfos y en sus hondos sinsabores de artista. Una vez el músico preparó un concierto en el teatro Recoleta. Allá fué don Agustín con su hija. Qué desastre. Apenas habría en platea unas treinta o cuarenta personas o un poco más. Y allí, para esa falange de artistas y familiares, en el viejo tabladillo del teatro Recoleta, Remigio Acevedo dió su concierto. Amargo es recordarlo. El músico de LAS TRES PASCUALAS estaba separado de los círculos musicales del país que tenían en sus manos la enseñanza y resurgimiento del arte musical chileno. Artista al margen, Remigio Acevedo tuvo en el pintor un amigo cabal.

Cuando iba a Talca era acogido por la mano sabia del médico y escritor Francisco Hederra. El le facilitó en más de alguna ocasión las llaves de la ciudad natal. Ir por ella era aventurarse un poco, pues no había casi ambiente cultural en la ciudad, salvo entre algunas familias que por tradición cultivaban con sabiduría recogida la amistad y la cultura. Entre estas familias talquinas recordaba muchas veces don Agustín a las familias Veloso y Rojas.

Nunca dejó de tener en Santiago espíritus de calidad a su alrededor que lo estimularan y comprendieran. Entre ellos vale la pena señalar al actual Padre Provincial del Convento de San Francisco, Fray Damasceno Espinoza Avalos, que escribiera alguna vez hermosas palabras sobre don Agustín. Culto, buen franciscano, fino espíritu, amante de las artes y las letras, Fray Damasceno solía hacerle cariñosas reprimendas por lo reacio que era el artista a los oficios religiosos. En casa de la profesora y fina artista, señorita Luisa Fernández Abarca, prima de don Agustín, se encontraban el religioso y el pintor con motivo de la celebración de algún onomástico. Sabían entonces darle rienda a la charla amable y al yantar gracioso o se deleitaban con las canciones criollas

que cantaba Luchita— como todo el mundo llama a la señorita Fernández, quien se acompañaba a maravilla con su guitarra. Entonces era cuando don Agustín rememoraba sus años sureños, sus andanzas por los bosques y alguna vez, casi a hurtadillas, canturreaba los versos de una antigua canción del sur:

Hachero de los montes
que bajo un sol de fuego
derriba las encinas
al golpe de tu acero.

Desciende de los montes
al derribar al suelo
un árbol que arraigado
dentro del alma llevo.

Mientras la selva oscura
va repitiendo el eco
del hacha al rudo golpe
entre el ramaje seco.

Esta canción la había aprendido en sus lejanos días de Victoria y en sus correrías por los bosques cantaba con su voz de tenor en la soledad umbría. Luchita Fernández conserva la letra de esta canción y nosotros la hemos vuelto a encontrar en uno de los pequeños libros de croquis del pintor. Ahí está, presidiendo las páginas amarillentas, escrita con la caligrafía elegante de don Agustín. En casa de la amiga de juventud de Laura Rodig y Gabriela Mistral la presencia del pintor ha quedado vibrando, su mutismo, su tranquilo acontecer de los últimos años. Luchita recuerda que fué él quien la inició en el arte pictórico. Era una muchachita soñadora cuando junto con Laura Rodig hizo en los salones de El Mercurio su primera exposición en 1917. Desde entonces se mostró como un espíritu selecto, delicado. Luchita cuenta también algunas escenas de la juventud del pintor en Talca. Iba el jovenzuelo por Colín, un lugarejo cercano, a casa de un criollazo varón mentado Baldomero Toledo y este buen señor tenía sus sobrinas que tocaban con gracia chilénísima, a trío, el guitarrón, la guitarra y el arpa. Estampa más típica no podía darse con esas sobrinas de don Baldomero, llamadas Flor María, Demofila, Margarita, tres pascualas de Colín. Gustaba de la música el pintor y de seguro que atizaba esas jornadas el buen comer y el mejor beber de la rica chicha de la región. Imaginemos algún romancillo con cualquiera de esas sobrinas y la escena estará completa. ¡Años de Colín que ahora nos trae Luchita Fernández en rápida impresión!

Entre las generaciones más jóvenes que don Agustín tuvo ocasión de tratar no olvidemos el nombre del poeta Omar Cáceres, el desaparecido autor de DEFENSA DEL IDOLO. Iba por la casa de Los Guindos y como ya por aquellos años Abarca se había familiarizado con la

teosofía y otras disciplinas espirituales, Omar Cáceres le llevaba sus poemas que en el seno de la familia del pintor eran como un tratado cifrado de las disciplinas teosóficas. Vaya a saberse la relación exacta que su poesía hermética, sojuzgada en sutil disciplina, tendría con la teosofía. Lo cierto es que el poeta por aquellos años de 1942 ó 43, al parecer llevaba una vida un tanto extraña.

Muchas son las personas, artistas, escritores, amigos, familiares, que entretejieron horas de vida alrededor del pintor. Ahora algunas se nos escapan, sus rostros y sus nombres no son de algunos, sino una sombra, un recuerdo en la memoria. Pero con todo quede de ellos esa huella germinadora de pasado, de tiempo vivido, de acontecer ardientemente cribado en el último momento del artista. Recordaba a sus amigos en sus meses finales. Eran sus "compañeritos", como cariñosamente llamaba a sus colegas pintores, poetas o escritores. De ellos queda tan poco, y sin embargo cómo se irán viviendo todavía, cómo se irán amalgamando al coro del arte chileno; sus nombres que recogemos, no se olvidarán fácilmente, pues al traer al presente al pintor Agustín Abarca, ellos están en permanente retorno.

Entre esos seres anónimos que alegraron tantas horas de su vida, ¿cómo podríamos olvidar a esa pareja de viejecitos que le daban hospitalidad en su pobre cabaña de El Romeral? El mismo don Agustín contó alguna vez que cuando él tenía que partir a Santiago, los amigos campesinos, ella y él, esos inefables viejecitos de cuento, se ponían a llorar, tal era el cariño que le habían tomado. En la primitividad de su vida, el pintor había gozado la frugalidad de la leche de cabra o las harinas en ulpo sabroso y recordaba añoradamente el lecho de paja, las pieles mu-llidas, las madrugadas patriarcales.

EL ARTISTA COMO MAESTRO. En 1940, don Agustín ganó en un concurso la cátedra de pintura y dibujo de la Escuela de Bellas Artes de Viña del Mar. Permaneció un año completo desempeñándose en ese cargo, pero intriguillas ajenas a su conocimiento le impidieron continuar sus clases. Sin embargo, la experiencia que entrañaba esa cátedra le impuso organizar sus conceptos artísticos en materia de enseñanza. Ya en 1937 el pintor había dejado su retiro de Los Guindos y había iniciado, al parecer, unos cursos para obreros en una escuela cercana. Por aquellos años su amigo el artista Barack Canut de Bon le escribía una carta de la cual nosotros hemos extraído estos párrafos decisivos:

"Lo felicito por su noble entusiasmo. Ha interrumpido Ud. su labor silenciosa y se ha puesto en contacto con las masas. Espero que le comprendan y le correspondan... Hágalos Ud. dibujar. Hágalos Ud. pintar. Converse con ellos. Recuerde Ud. aquellas noches nuestras en los talleres nocturnos de la calle Nataniel. A nadie le interesaba si el vecino era Bachiller, iba al Liceo o a la Escuela Pública. Lo que nos importaba era dibujar, dibujar mucho en el silencio de las horas, ¿recuerda Ud? Hoy se presenta mucho más

bistas presas de una verdadera fiebre por las llamadas escuelas modernas de la pintura. La inquietud de esos años se hizo más intensa cuando un ministro de estado con un sentido dinámico envió a estudiar a Europa a una falange de artistas. Esto trajo como culminación el triunfo de esta serie de nuevas tendencias que venían a mejorar el ambiente chileno. Pero el problema tenía sus ramificaciones internas. El snobismo de unos cuantos pedagogos y la desorientación de otros tantos intelectuales creyó necesario implantar desde los centros mismos de la enseñanza artística un método de trabajo acorde con esas tendencias. Se esforzaron en crear unos programas aventurados, aventando las llamadas viejas estéticas, desorientando a talentosos artistas de esa generación. Un mal entendido módulo europeizante había triunfado en desmedro de lo verdaderamente artístico, de lo que manaba de lo más hondo de la tierra chilena, que tenía en maestros como Juan Francisco González, Burchard, Gordon, Exequiel Plaza, Agustín Abarca, etc., a intérpretes de alcurnia, sin aditamentos snobistas, sin darle importancia a lo efímero de las modas puestas en ejecución por unos cuantos "reformadores" de la enseñanza artística del país. La venida de Grigorieff, artista de raíz auténtica, exacerbó más aún los ánimos de renovación, pero se olvidaban casi de la tradición criolla, dejaban de lado lo permanente de nuestra raza y nuestra geografía. Soslayaban por un acto meramente intelectual lo esencial de la formación de un artista plástico de esta América todavía virgen: el paisaje en su variada y rica perspectiva, en su expresividad telúrica y metafísica, en su recia enjundia intemporal era dejado de mano.

Solamente algunos pocos artistas, entre ellos don Pablo Burchard y Agustín Abarca, no cejaron en su arte personalísimo en ese atiborramiento de novedades que no calzaban tampoco con nuestra idiosincrasia y que no lograban, en igual forma, un arte verdadero, de hondura plástica. Daba pena observar a los que fueron finos realistas, moderados artistas de la impresión, de la mancha, ahora, perderse por un universo que no les correspondía, primero, por no ser el "arte" que deseaban hacer el mejor exponente de una estética afín con su espíritu de artistas chilenos; segundo, por no avenirse a sus talentos ese intelectualismo, esa abstracción de las formas, el torpe entender de una estética que si en Picasso era novedosa, en Chile era mera pirueta sin tradición, monería y bobería que escamoteaba realmente los problemas que derivan de un serio estudio de los valores de la pintura.

Pablo Burchard tiene una anécdota que define hasta lo indecible esa babel del arte chileno: —Una joven artista, talentosa, fina, afinada en la interpretación muy femenina de la naturaleza, poetizado el mundo interior y objetivo, había seguido, por imposición casi majadera de un magister de la pintura nacional, esas nuevas tendencias. Fácil es imaginarse lo que conseguiría con su arte esta dama. Entonces, don Pablo, al imponerse de su rápida evolución, le dijo un día a don Agustín: —N. N. (nombraba al magister) que haga lo que quiera, él está en su derecho, pero (aquí nombraba a la artista), ella la ¡...! Con una expresividad criollísima, con una rabia nacida de ese espíritu tranquilo, don Pablo había definido de un trazo la situación a que se

exponían los artistas que seguían una estética equivocada. Ni más ni menos. Cada cual tiene derecho a hacer lo que se le venga en gana, pero un artista tiene la obligación de darse cuenta de sus posibilidades. Que la pedagogía artística enseñara como noción histórica cuanta moda, cuanta tendencia, cuanto ismo apareciera en la vieja Europa. Allá ellos, los pedagogos, los sofistas y teóricos consumados de lo artístico. Pero que no vinieran a desmadejar la realidad nuestra ni a desorientar y perder definitivamente la fina personalidad de ninguna artista cabal. Hasta ese extremo habían llegado los ecos de las nuevas tendencias en Chile. Sin embargo, nadie podrá negar los aportes de una falange inteligente de jóvenes artistas que habíanse identificado con las nuevas expresiones, estudiando seriamente. Clara muestra de ello es el Grupo Montparnasse y algunos otros artistas de la llamada generación del año 28.

Don Agustín hizo, ya por aquellos años, profesión de fe ante el paisaje virgen del Sur, dispuesto a convertirse en su intérprete definitivo. Tenía razón. Nadie lo sacaría de ese mundo maravilloso de Victoria, Nahuelbuta y todas esas tierras a las que él había aprendido a amar sobre todas las cosas. Por entonces don Agustín ni sospechaba la modernidad que alcanzaría en sus acuarelas del último período (1951) y en sus pasteles de rica suntuosidad e intimismo simplificado, con gracia decorativa.

SU OBRA. En esta incursión que hemos estado haciendo por algunos pormenores de su vida no hemos deseado escabullirnos de su obra grande, de esa obra que va desde el lejano año 1908, cuando recibiera su primer premio, hasta el año 1950, cuando toda la crítica pidió para él el Premio Nacional de Arte, postergado injustamente. Pero no ha sido el espaldarazo más o menos grandilocuente de un premio más o menos nacional lo que ha hecho que su obra esté alcanzando nombradía más allá de los escasos límites de los aficionados o de los entusiastas. Y ello es posible por constituir su pintura una prueba demasiado evidente de sus altas cualidades de pintor en su estricta significación plástica, ajena a literatura y a entusiasmos líricos. Dejemos bien en claro esto: no nos mueve a hablar de su obra otra razón que ser ella expresión clara y fiel de un artista que supo como pocos el papel del oficio en su arte. Sabía valorizar en alto grado el concepto de lo que es la composición plástica; sabía organizar líneas y curvas en el espacio rectangular de sus telas; sabía dar a esta armonía lineal un ritmo, una gracia, un sentido composicional decorativo, delicadamente elegante. Y los árboles de su inspiración, los motivos boscosos del Sur, la apretada maravilla de la selva lograban en sus manos adquirir notoriedad bajo su pincel gozoso. Pero todo esto expresado sin excesivas concesiones barrocas, sin estridencias, sordamente coloreadas las telas, amortiguada la pasta, atemperados los verdes infinitos, los rojos quemados, los azules, los amarillos. Su arte tendía, sin que movieran al artista teorías de escritorio, hacia una modernidad, de tal manera que en los últimos cuadros al pastel y a la acuarela aflora una síntesis, un abrigado mundo íntimo que la

crítica chilena ha entroncado con algunos intimistas franceses. De aquellos lejanos apuntes al carbón que le dieran crédito ante los ojos de un severo jurado de 1908 hasta sus cuadros de dimensiones mayores por donde las grandes masas resuelven el todo armoniosamente, hasta las acuarelas y pasteles de los últimos diez años de su vida, hay un paso rotundo de un pintor que inspirado en los románticos franceses en su primera época, libera su alma, su arte, su vena creadora en una irrupción fogosa, personal, pletórica de colores en frutas, paisajes, bodegones. Las clasificaciones que se hagan para encerrar su obra en un concepto rígido se nos escurren, pues rebasa los cartabones inmediatos. Sin embargo, a nadie que sea conocedor de arte se le escapa la simplificación aguzada de las formas en su último período. Simplificación que se hacía nerviosa, rápida, impetuosa en sus acuarelas. Pareciera que el artista deseara dejar un testimonio de su pasión, pues sólo a veces predomina la nota exacta, el color está casi mordido por el pincel, retorcido, vibrante, anárquico. Se alejaba de su armonía primigenia aprendida en la rigurosa Academia de Pedro Lira que funcionaba en la Universidad Católica a comienzos de siglo. Lejos de la enseñanza de Alvarez Sotomayor, el artista español que influyó sobre toda una generación; lejos también del influjo de Alberto Valenzuela Llanos de quien fuera discípulo; lejos las constantes que los historiadores de la pintura chilena están haciendo con la llamada generación del 13. Pues su personalidad se había robustecido largamente en sus once años de retiro sureño y en su pintura más nueva afloraban elementos casi inéditos, imprevisibles casi en sus obras de iniciación como en sus telas del período de madurez. Ese fué su último alumbramiento. Por entre los cartones y apuntes de esta última época salta el rasgo madurísimo, la conciencia de los valores plásticos puros y el artista pareciera gozarse en la contemplación de esas frutas. Entonces su obra adquiere una lozanía y pureza de joven. Pareciera que no fuese un pintor de larga escuela sino un apasionado y joven artista el que, impresionistamente, se enfrenta con los pinceles. Era la magia de su fuerza y dominio de un arte nuevo y sabio en cada una de sus obras.

ULTIMOS AÑOS. En 1950 la Sociedad Nacional organizó, a petición de la artista Berta Zorrilla Argomedo, una gran Retrospectiva de don Agustín. Ese año la crítica y muchos pintores "*descubrieron*" al artista. De diversos sectores se pidió, ya lo hemos dicho, el Premio Nacional. Pero esta petición no era una novedad ya en nuestro ambiente pictórico, pues el pintor Marco Bontá en entrevista concedida a un diario santiaguino en 1947 había manifestado igual criterio. No se le habría ocurrido a don Agustín organizar toda una máquina para conseguir tal galardón que lo tenía sin cuidado. Pero importa decir que esa Retrospectiva le confirmó como uno de los más grandes artistas de su tiempo. Aquel deseo manifestado por escrito en el viejo cuadernillo que glosamos en las páginas iniciales se cumplía definitivamente. Don Agustín era el mismo, el mismo que mantuviera su aislamiento como un orgullo; el mismo que había hecho de la modestia un signo de su perso-

nalidad. Esa modestia que a nosotros nos ha parecido un claro testimonio de alcurnia espiritual. Esa modestia capaz de desconcertar a otros artistas como le sucediera al pintor Isaías Cabezón cuando en calidad de organizador de una Exposición de Pintura Chilena que iría a Bogotá y a Lima, tuvo que visitar a don Agustín para pedirle un envío. El maestro Isaías nos lo ha contado recientemente:

—Le impuse la causa de mi visita —nos ha dicho Cabezón— y él me contestó:

—¿Por qué me pide obras a mí?

—Ud. es uno de los exponentes connotados.

—Ud. me colma en la petición, Isaías. ¿Cree Ud. que vale lo mío?

El pintor Isaías Cabezón con sagacidad criolla nos da una pincelada más de esa entrevista.

—Le hice notar que en su taller húmedo sus acuarelas y telas al óleo sufrirían las inclemencias del tiempo. Y él me contestó a mi observación:

—Ud. Isaías, ¿cree que valen tanto para que la humedad las respete?

Quieras que no, la suma modestia del pintor se convertía en un accidente casi infranqueable que lo parapetaba de todas las vanidades de la vida artística del país. La anécdota que nos ha contado el maestro Isaías Cabezón atestigua una vez más la rica humanidad de don Agustín que con una obra medular todavía dudaba de su arte.

POSTRERA IMPRESIÓN. Ahora hemos querido recordar su personalidad trayendo algunos hechos simples de su vida. Recordamos sus últimas semanas del año 1953. Se nos viene a la pluma ese día de fiesta en el mes de mayo cuando con su hija lo observábamos trajinar por esa habitación de su departamento del segundo piso en su casa de Los Guindos. Desde allá arriba él viajaba a través de los cristales de la ventana que da a la plazuela, en busca de las impresiones del crepúsculo. Los árboles enneblinados de aquellos días de mayo, de sus atardeceres, tuvieron en él a un contemplador gozoso. Imagino que en esa especie de semiconciencia en que se debatía, él escuchaba su propia voz de tenor cantando en plena selva sureña, en el arca de los bosques de su inspiración aquella vieja canción que amara y cuyo título también sirvió de nombre de varios estudios al carbón y al óleo:

Hachero de los montes
que bajo un sol de fuego
derriba las encinas
al golpe de tu acero.

.....
.....
.....
.....

Mientras la selva oscura

va repitiendo el eco
del hacha al rudo golpe
entre el ramaje seco.

En esa selva oscura estaba su vida, su hermosa vida.

Recordamos igualmente el verano de ese año cuando tuvimos ocasión de estar junto a él en Cartagena. No hacía muchos meses que había sido sometido a una delicada operación, pero la enfermedad se empeñaba en abatirlo. El hombre ágil que había en él, el hombre que salía en exploraciones por los alrededores de Los Guindos, Peñalolén y Tobaraba, el artista que había vivido tantos años en el Sur, ajeno a las modas transitorias que hacían su agosto en la capital, él, que había vivido junto a la naturaleza que lo amaba como su mejor amante, Agustín Abarca estaba postrado, imposibilitado para caminar y subir por esos cerros de Cartagena, por las lomas de Lo Huidobro, por esos lugares que había gozado en otras temporadas. Entonces lo vi sufrir. Se pasaba horas enteras, hasta anochecido, ensimismado en la lejanía de la Playa Chica. A duras penas lo llevábamos con su hija por los alrededores de la casa, cerca de la estación; en nosotros había una rabia enorme por no poder dar ese tono de voz preciso para que don Agustín volviera a ser el mismo, el ágil y apasionado artista que partía en busca de la poesía en la naturaleza. ¿Qué clave debíamos poseer para que de pronto sus males se aventaran y de nuevo volviera a ser pleno de energías? Desde un pequeño acantilado mirábamos la caleta de los pescadores. Agustín Abarca tenía entonces un dejo triste en su rostro, nos miraba como un niño a quien regañan como si él fuera el culpable de su enfermedad. El regreso de estas pequeñas excursiones, de estas últimas excursiones que hiciera, constituía a su modo una verdadera y nueva consagración. Cómo estaba ajeno a lo fácil; cómo se dolía de no poder asir hasta lo increíble lo que antes fué para él sólo un entregarse con fruición, sin dolor, intensamente. Cómo se dolía de su imposibilidad, pero de lo hondo de su ser le nacía una paz pocas veces explicable. Ella le nacía como una nueva personalidad; esa paz lo custodiaba en sus trajines de enfermo; le ayudaba a sobrellevar los sinsabores, lo incorporaba de lleno al quietismo, y de esta manera se conformaba con su sino. Tenía momentos de angustia:

—¿Por qué no me habré ido en la operación? Después volvía a su estar embebido en sus recuerdos en compañía de su esposa, señora Rosa Valenzuela Arriagada, que como nadie supo de sus sufrimientos.

Lo recordamos todavía, lo recordaremos con esa su cualidad campesina del que sabe escuchar; le hurgaba a uno los ojos, le inquiría sin palabras; lo incitaba a uno a contar y él adoptaba esa postura casi oriental, ascética, sentado en un sillón que él mismo se construyera, los brazos cruzados o las manos en un acto de tectar la superficie del mueble. Las formas de los objetos que tenía cerca mientras escuchaba eran amadas, hurgadas, sentidas, hasta desgastarles sus aristas. Lo sedentario de su vida parecía tener en estos últimos tres años una compensación en esa aventura de los dedos. Descubría las rugosidades de las

cosas, y sin embargo, siempre la naturaleza, los árboles, los yerbajos de la huerta, los días de su juventud en Nahuelbuta o en Victoria, en los bosques, presidían su ensoñación. Añoraba los cuidados de la vieja tía Yoca de su infancia, a su madrinita, a la buena mama Ña Mena. Esas mujeres habían sido las hadas madrinas de su niñez provinciana.

De no haber sido pintor don Agustín habría cultivado la poesía o el relato. Tenía suma facilidad para contar en amena charla aspectos pintorescos, signados por un fino matiz de leyenda, que sus auditores escuchaban atentamente. No era gran conversador, pero cuando lograba estar en íntimo compartir de impresiones, él sacaba sus mejores recuerdos de sus años sureños y los dejaba correr. No importaban las horas. A la llegada del crepúsculo don Agustín gozaba con esos recuerdos y entonces las matizaciones de su voz suave, de tenor, ponían tonalidades mágicas en el cuarto oscuro. Los que fueron sus amigos han de recordar algunos de estos relatos a los que hasta el título les tenía. De ellos valga la mención de dos: "La cabalgata loca" y "El agüita de las niñas".

En el relato denotaba espíritu de observación y sabía hacer resaltar aquellos detalles pintorescos que ponían un hálito novelesco. Sabía matizar sus palabras y hasta daba dramaticidad a sus personajes haciéndolos dialogar en palabras sencillas, cargadas de conocimiento de la psicología simple de esas gentes. Se embebía don Agustín en su cuento. Y cuando deslizó en ese modesto cuaderno que hemos comentado algunos párrafos de su vida sureña, el lápiz corría sin tropiezos. Había en él, como en otros artistas de su generación y de la inmediatamente anterior, como en el caso del maestro Juan Francisco González, una capacidad múltiple de la sensibilidad y el talento. Don Agustín dejaba su relato vibrando en la imaginación y en la pupila de su auditor y luego se interrumpía casi con un suspiro. Mientras tanto sus manos siempre inquietas desgastaban los brazos de un sillón envejecido.

El 28 de mayo de 1953, día gris, frío día de Otoño, llegábamos recién a casa en calle Copiapó cuando sonó el teléfono. Don Agustín había sufrido un ataque al corazón. Buen cuidado tuve de mirar un calendario el día 29 de mayo cuando fué enterrado en el Cementerio General. Bajo la fecha un nombre del santoral cristiano indicaba el día de Nuestra Señora de la Luz. Pocas veces se daba una coincidencia más curiosa para que un artista volviera a su origen, a las sustancias, a lo "hondo". 29 de mayo de 1953, día de sol espléndido para la inhumación de un pintor que amó por sobre todas las cosas la luz, la belleza de la luz, la naturaleza, la magia de la luz en los árboles.

Allí quedaron los objetos de su diaria existencia. La silla que ocupó hasta un poco más del mediodía del 28 de mayo. Ahí sus lentes, la edición de un libro de Balzac que estaba leyendo, su cama. Hace dos años que don Agustín no está con los suyos. Pero algo grande queda entregado a la cultura del país. Su obra que no buscó premios, el recuerdo de una personalidad que no hizo genuflexiones ante jurados de ninguna especie.

El ciclo vital de Agustín Abarca fué perfecto: Serenidad y Belleza.

En la Historia del Arte Chileno ha de quedar definitivamente como un exponente aparte, con sus leyes propias, debido a esa vena poética personalísima que mana de su pintura.

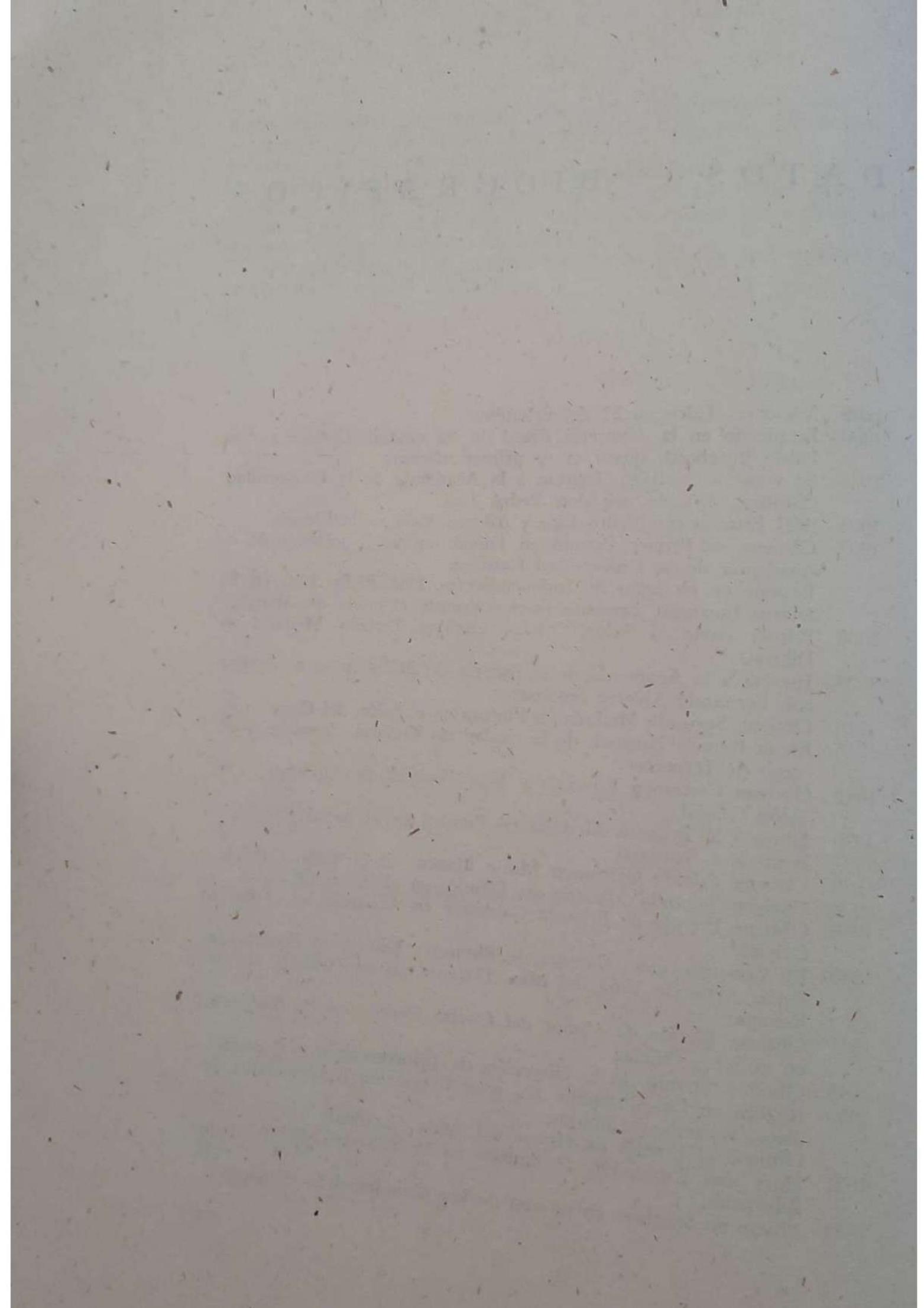
Ahora don Agustín no está nada más que en esa tibieza que me apresuro a descubrir en sus obras, en esos paisajes que vivirán siempre en nuestro recuerdo. Ha llegado la hora de decir como Pedro Prado a propósito de Juan Francisco González:

—Agustín Abarca nos enseñó a ver. Su maestría no la olvidaremos en el resto de nuestra existencia.

L. D. A.

DATOS BIOGRAFICOS

- 1882 Nació en Talca en 27 de diciembre.
- 1900 Empleado en la Tesorería Fiscal de esa ciudad. Conoce a don Pablo Burchard, quien es su primer maestro.
- 1904 Se viene a Santiago. Ingres a la Academia de la Universidad Católica, dirigida por don Pedro Lira.
- 1904-1907 Estudia con Pedro Lira y Alberto Valenzuela Llanos.
- 1907 Obtiene su Primer Premio en Dibujo en la Exposición de la Academia de la Universidad Católica.
Expone en el Salón de Independientes. Don Pedro Lira en El Diario Ilustrado, comenta favorablemente el envío de Abarca.
- 1908 Primer envío al Salón Oficial. Obtiene Tercera Medalla en Dibujo.
- 1909 Ingres a la Academia de la Escuela de Bellas Artes a estudiar con Fernando Alvarez Sotomayor.
- 1910 Obtiene Segunda Medalla en Pintura en el Salón del Centenario.
- 1916 En la Escuela Normal, de la ciudad de Victoria, desempeña un cargo de Inspector.
- 1919 Obtiene Certamen Edwards y Voto Especial de Aplauso en el Salón Oficial.
- 1925 Obtiene la Primera Medalla en Pintura en el Salón Oficial.
- 1927 Regresa a Santiago.
- 1929 Obtiene Premio Certamen Matte Blanco en el Salón Oficial.
- 1930 Obtiene Segunda Medalla en Dibujo en el Salón Oficial.
- 1938 Obtiene Premio de Primera Categoría en Acuarela en el Salón Oficial.
- 1940 En Concurso gana Cátedra de Pintura y Dibujo en Escuela de Bellas Artes de Viña del Mar. Durante un año trabaja en esa Escuela.
- 1941 Obtiene Premio de Honor del Cuarto Centenario de Santiago, en el Salón Oficial.
- 1945 Obtiene Premio de la Dirección de Informaciones y Cultura.
- 1950 Realiza en La Alhambra una gran Exposición Retrospectiva de óleos, acuarelas y dibujos.
Obtiene el Premio de Honor del Salón Nacional.
- 1951 Hace una Exposición de Pasteles en la Sala del Ministerio de Educación.
- 1953 Muere en Santiago en su casa de Los Guindos el 28 de mayo.



EXPOSICIONES REALIZADAS

Exposiciones individuales del pintor:

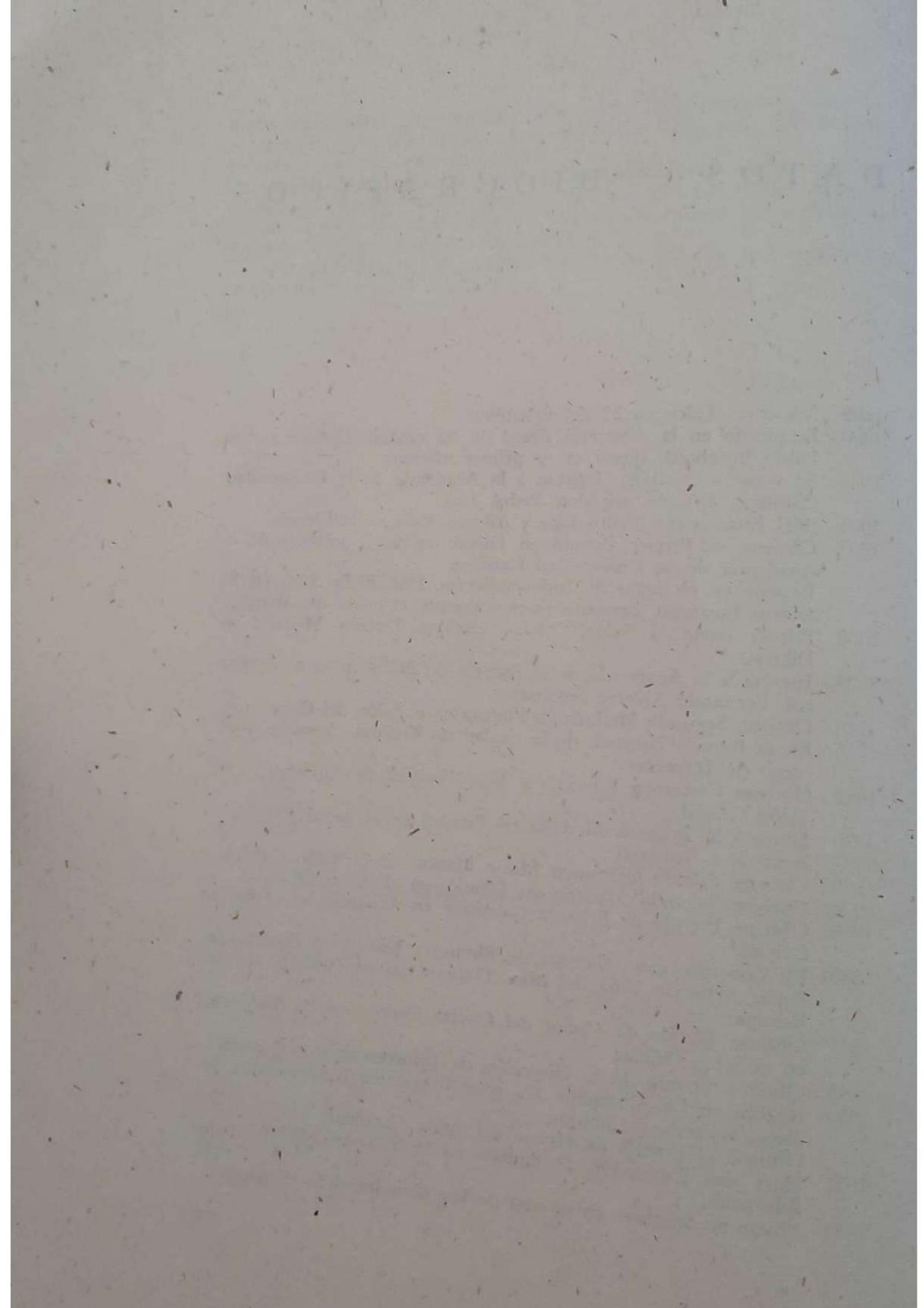
- 1934 Exposición de Oleos. Sala Spoerer. Santiago, septiembre.
- 1937 Exposición de Acuarelas. Sala Amigos del Arte.
- 1950 Exposición Retrospectiva. Palacio de La Alhambra, junio.
- 1951 Exposición de Pasteles. Sala del Ministerio de Educación.

Exposiciones póstumas:

- 1954 De acuarelas. Sala del Instituto Chileno-Norteamericano, junio.
- 1955 De óleos y acuarelas. Sala del Club Social de Cochabamba, Bolivia. Organizada bajo los auspicios de la Universidad Mayor de San Simón, marzo. (Esta misma Exposición fué mostrada en La Paz en el mes de abril en el Salón del Club de La Paz).
- 1955, Exposición de óleos y acuarelas en el Salón de El Mercurio de Antofagasta, abril.
- 1955 Exposición de óleos y acuarelas en la Casa de la Cultura de Ñuñoa, abril.

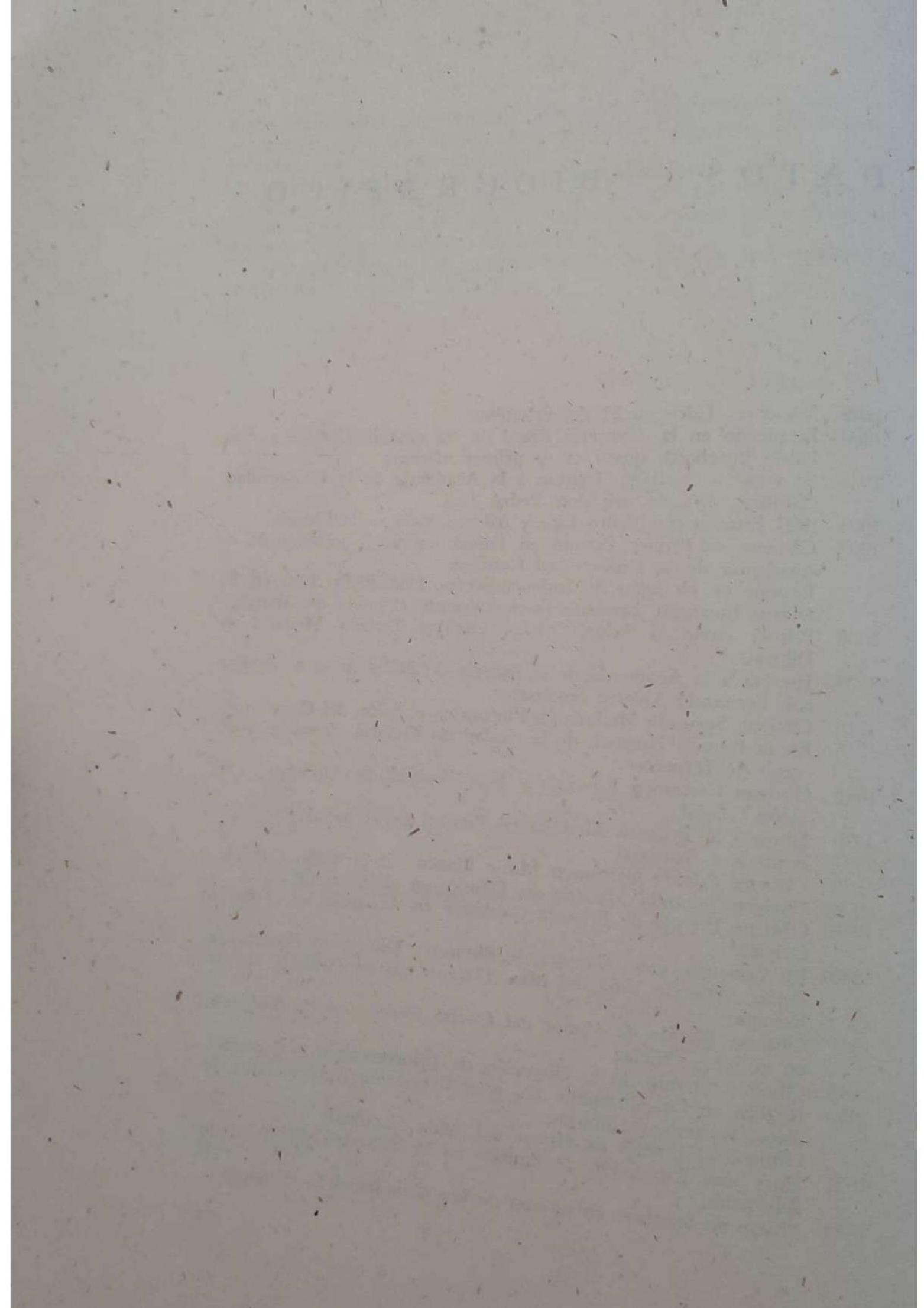
Algunos Premios obtenidos por el pintor:

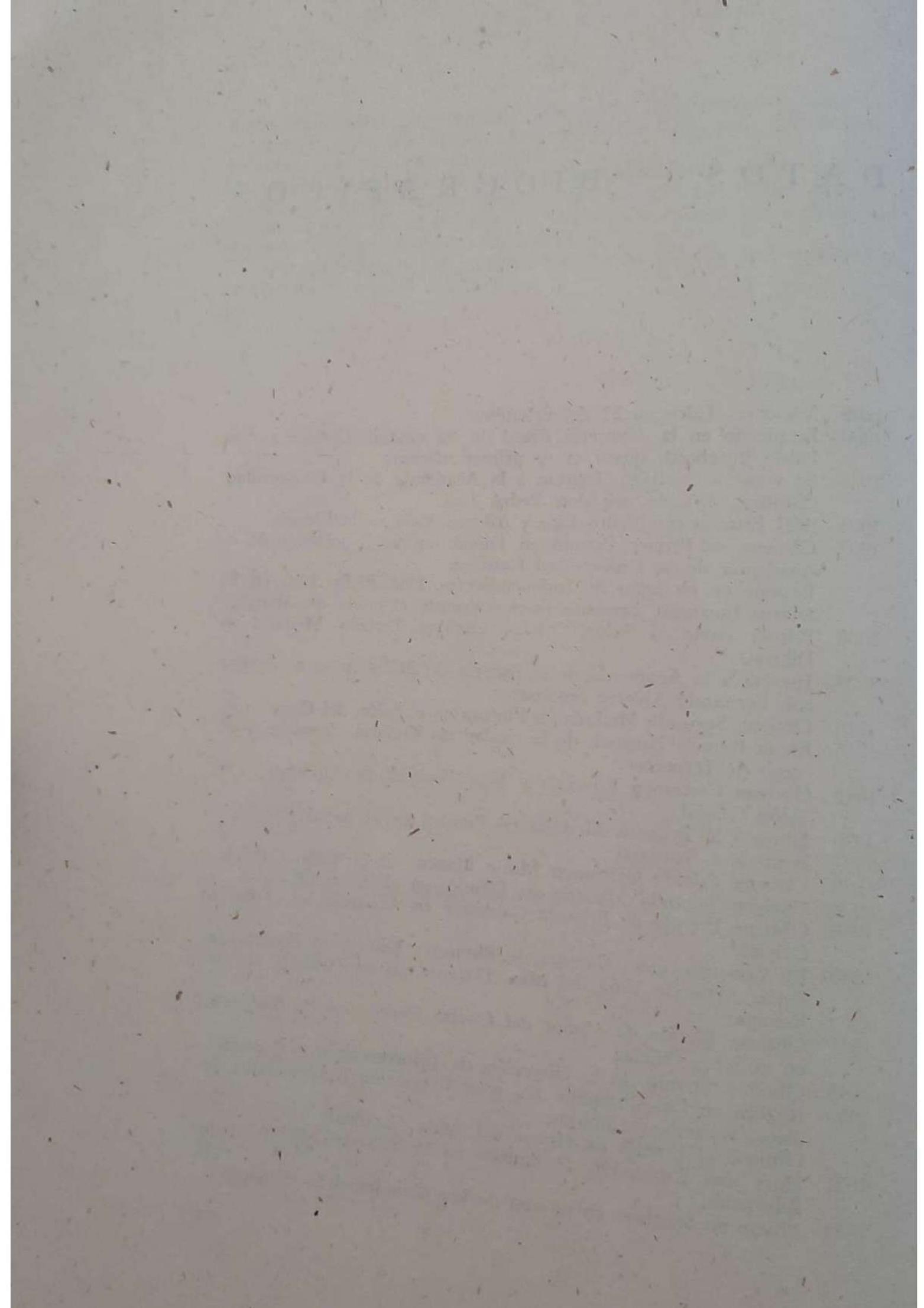
- 1908 Tercera Medalla en Dibujo.
- 1910 Segunda Medalla. Pintura.
- 1918 Tercera Medalla. Pintura. Primer Salón de la Federación de Estudiantes de Chile.
- 1919 Certamen Edwards en Paisaje.
- 1919 Voto Especial de Aplauso.
- 1925 Primera Medalla en Pintura.
- 1929 Certamen Matte Blanco.
- 1930 Segunda Medalla. Dibujo.
- 1937 Mención Honrosa en Pintura. Exposición Nacional de Artes Plásticas, IV Centenario de Valparaíso.
- 1938 Premio de Primera Categoría. Acuarela.
- 1941 Premio de Honor del IV Centenario de Santiago.
- 1943 Premio Banco de Chile en Salón Nacional.
- 1945 Premio de la Dirección de Informaciones y Cultura (DIC).
- 1950 Premio de Honor del Salón Nacional.



B I B L I O G R A F I A

- Acevedo Hernández, Antonio.—“Agustín Abarca”. Las Últimas Noticias. 15-VI-1950.
- Bontá, Marcos A.—“Cien años de pintura chilena”. Edición Arte. (Sin año).
- Carvacho, Víctor.—“Agustín Abarca, un gran pintor oculto tras su modestia”. Pro-Arte. 15-VII-1950.
- Carvacho, Víctor.—“Agustín Abarca”. El Debate. 3-VI-1953.
- Droguett Alfaro, Luis.—“Pasión del pintor chileno Agustín Abarca”. Boletín del Instituto Nacional. IX-1950.
- Droguett Alfaro, Luis.—“Recuerdo del pintor Agustín Abarca”. Pro-Arte. IX-1953.
- Figueroa, Virgilio.—“Diccionario Histórico y Biográfico de Chile”. Santiago, 1925.
- García, Lautaro.—“Un gran pintor ha muerto”. Diario Ilustrado. 31-V-1953.
- Goldschmidt, Dr. A.—“Exposición de Agustín Abarca”. La Hora. 29-VI-1950.
- Goldschmidt, Dr. A.—“Acuarelas de Agustín Abarca”. Zig-Zag. 1-VII-1954.
- Helfant, Ana.—“Exposición de Agustín Abarca”. El Mercurio. 22-IV-1951.
- Helfant, Ana.—“Exposición Retrospectiva de Agustín Abarca”. Últimas Noticias. 7-VI-1950.
- Isamitt, Carlos.—“Los pintores que comenzaron su figuración alrededor del año 1913”. Revista Conferencia de la Universidad de Chile. VIII-IX-1946.
- Lafourcade, Enrique.—“Exposición de Agustín Abarca”. Últimas Noticias. 28-IV-1951.
- Lira, Pedro.—“El Salón de Independientes”. El Diario Ilustrado. 22-XI-1907.
- Montecino, Sergio.—“Agustín Abarca. Fallecimiento de un gran maestro”. Revista la “U”. VI-1953.
- Richon-Brunet.—“El pintor Agustín Abarca”. El Diario Ilustrado. (Reproducción del Catálogo Exposición 1934). 25-VI-1950.
- Rierd, Alberto.—“Agustín Abarca”. Las Últimas Noticias. 9-VII-1950.
- Romera, Antonio.—“Paisajes de Agustín Abarca”. La Nación. 8-VI-1950.
- Romera, Antonio.—“Historia de la pintura chilena”. Edic. Del Pacífico. 1951.
- Romera, Antonio.—“Agustín Abarca”. 30-V-1953.
- Romera, Antonio.—“Agustín Abarca”. Atenea. VI-1953.
- Romera, Antonio.—“Acuarelas de Agustín Abarca”. El Mercurio. 17-VI-1954.
- Vila, Waldo.—“Agustín Abarca”. El Diario Ilustrado. 12-IV-1953.
- Yáñez Silva, N.—El Mercurio. 6-VI-1950.
- Zegers de la Fuente, Roberto.—“En casa del pintor Agustín Abarca”. El Mercurio de Valparaíso. 30-IX-1951.





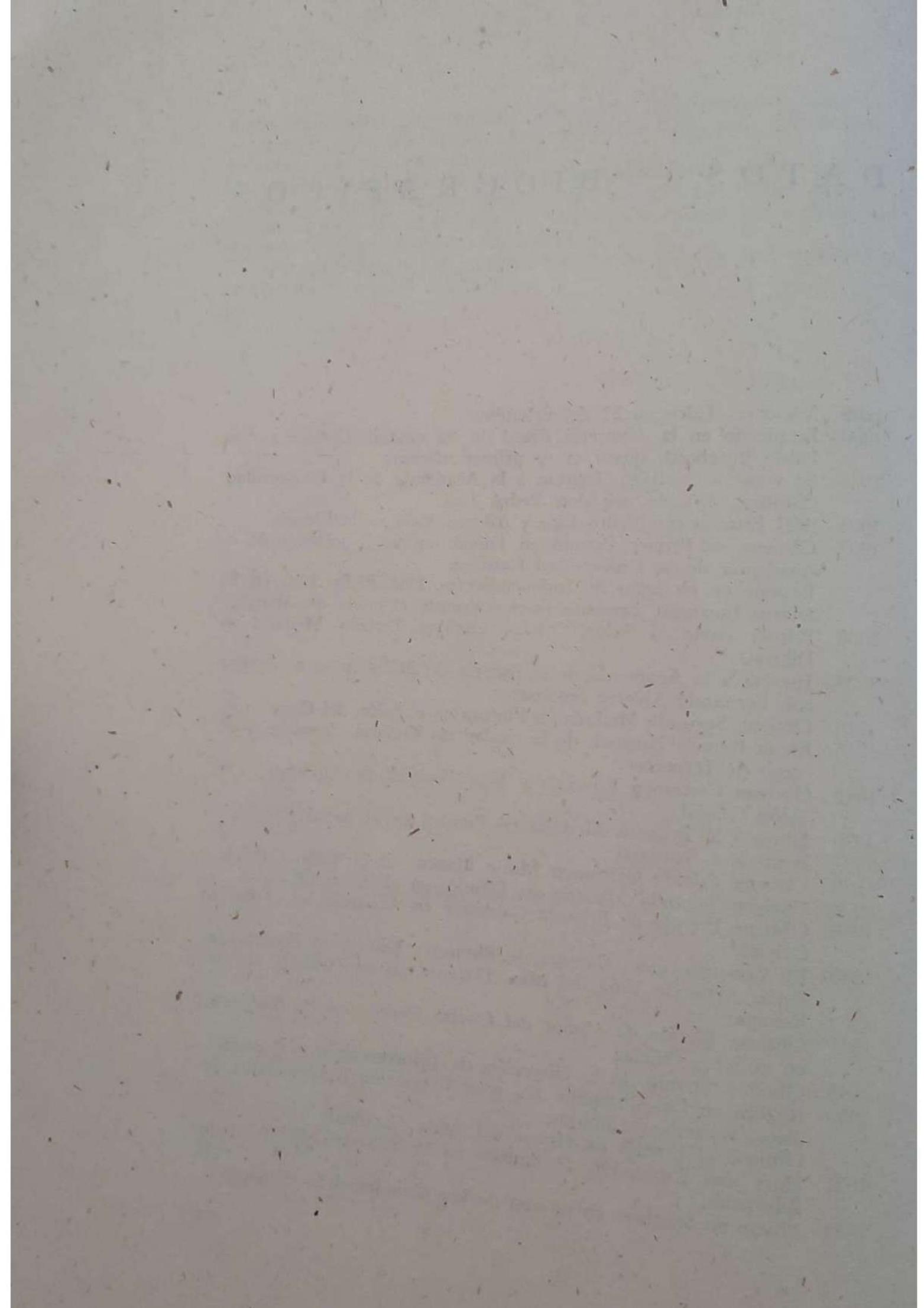
LAMINAS

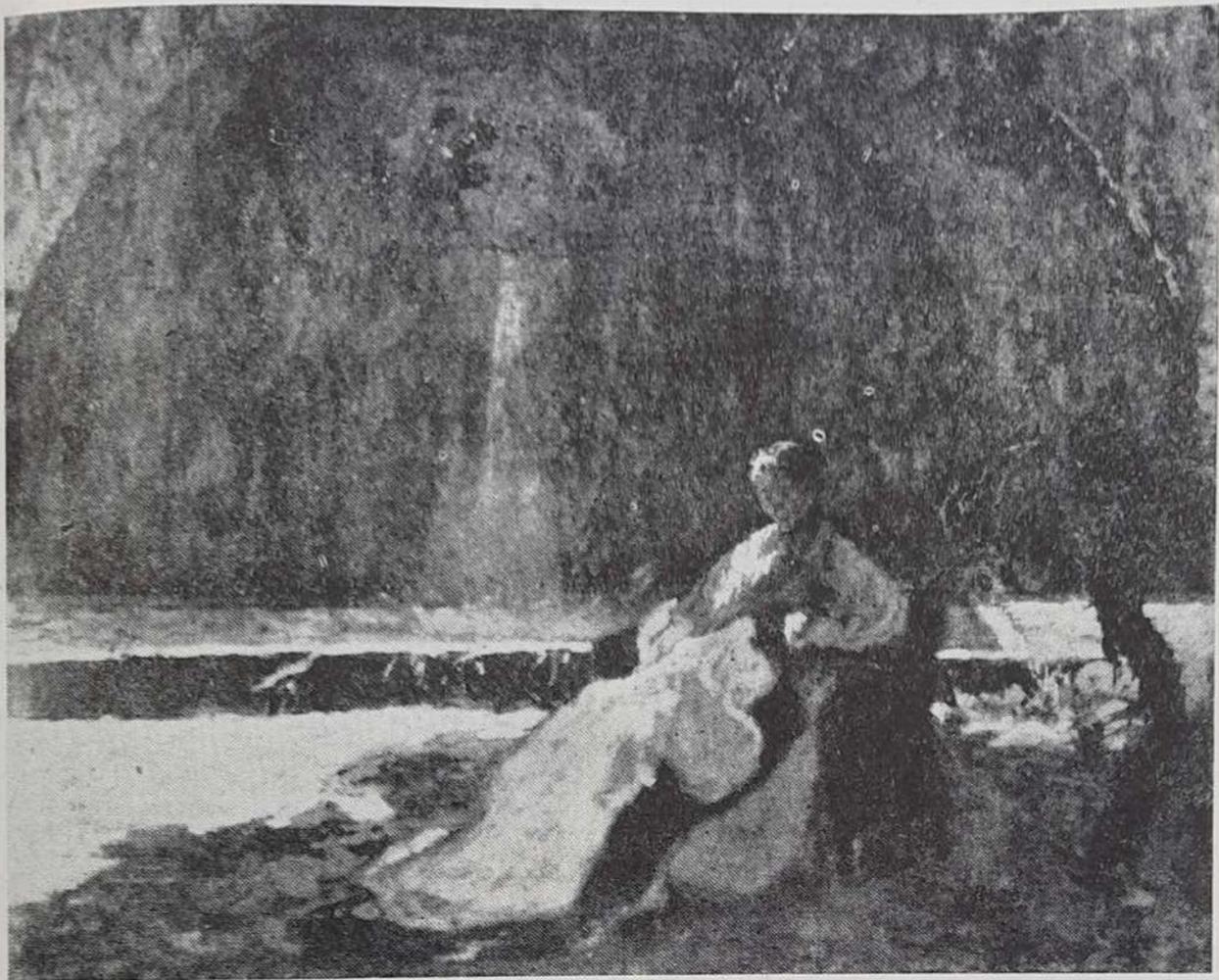


CASA DEL PINTOR.
Rincón del jardín.
(Foto Rubén Alarcón)



AUTORRETRATO. (1910) 0.47 x 0.62 m. Dibujo al carbón

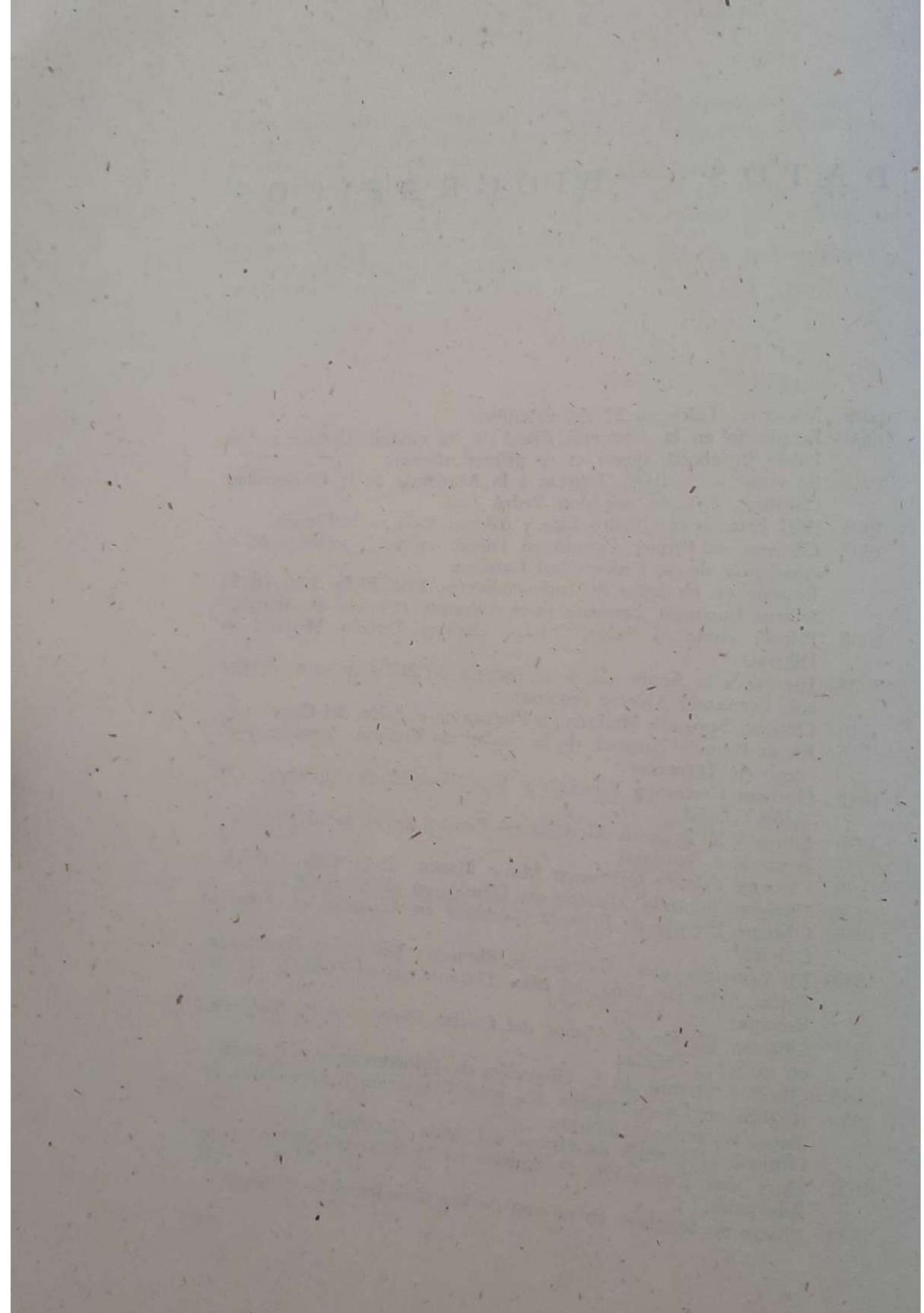


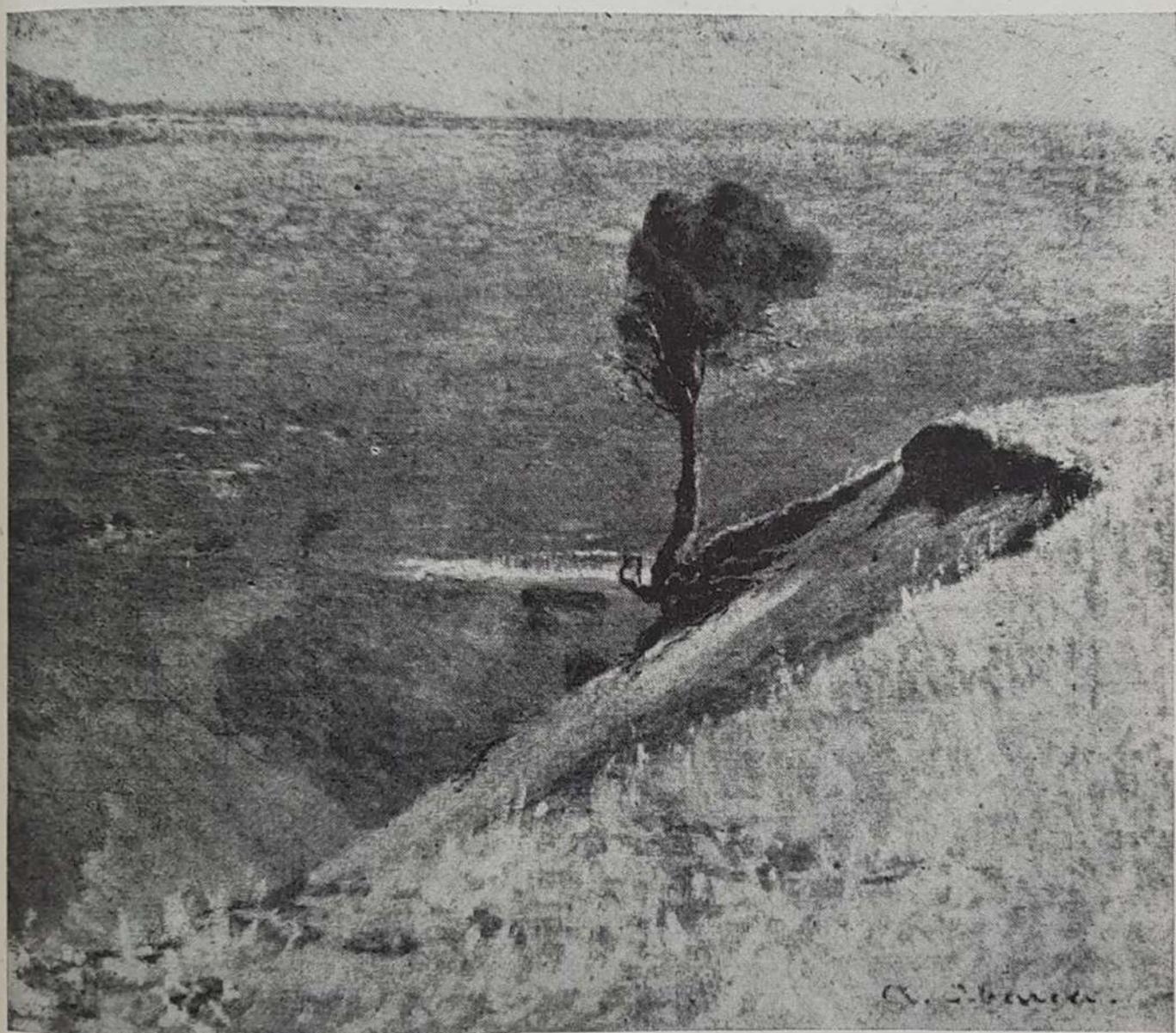


ESCARMENANDO LANA. *Oleo.*
1.00 x 1.30 m.

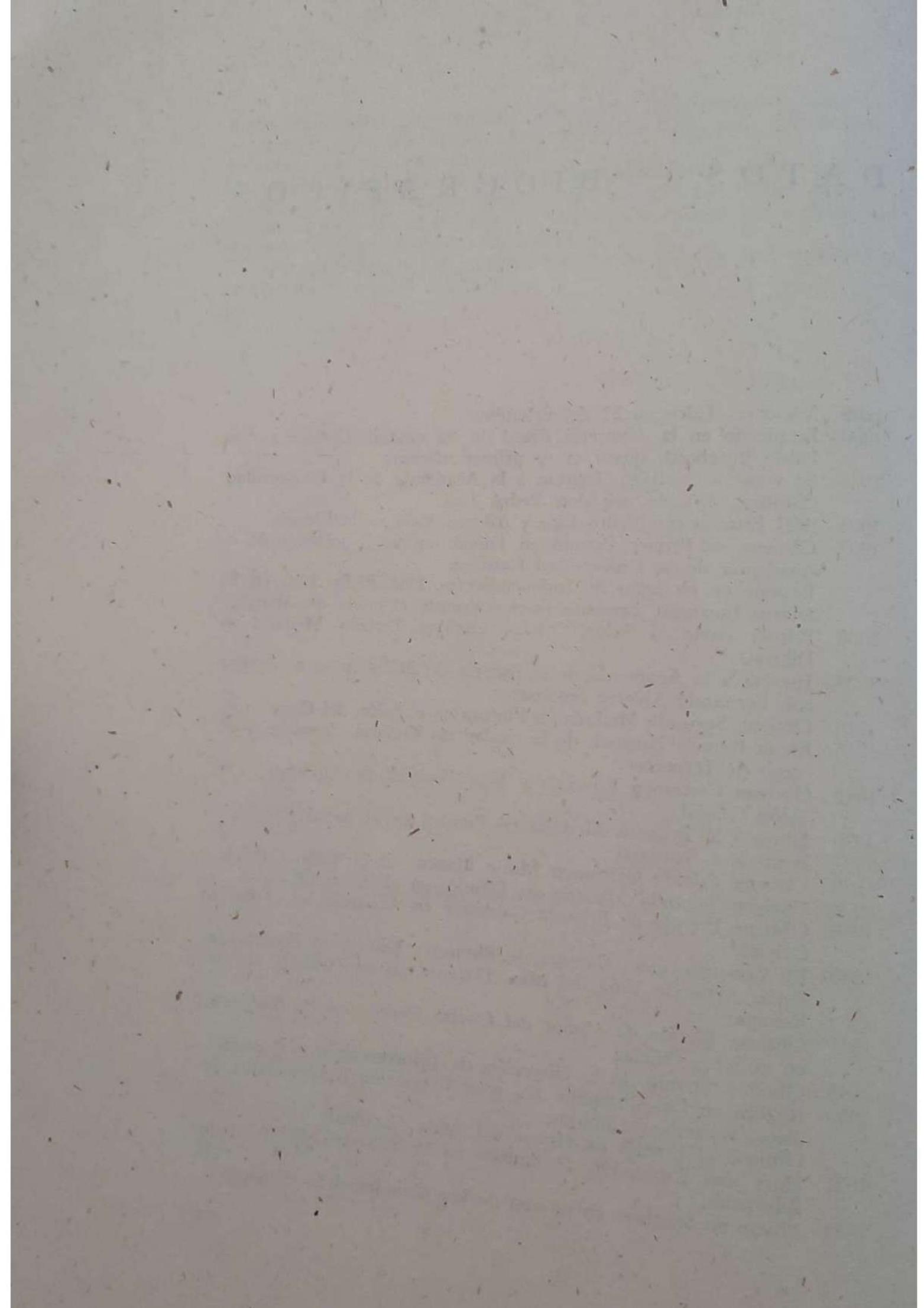


CALLE 3 SUR, TALCA.
Oleo. 0.90 x 1.00 m.



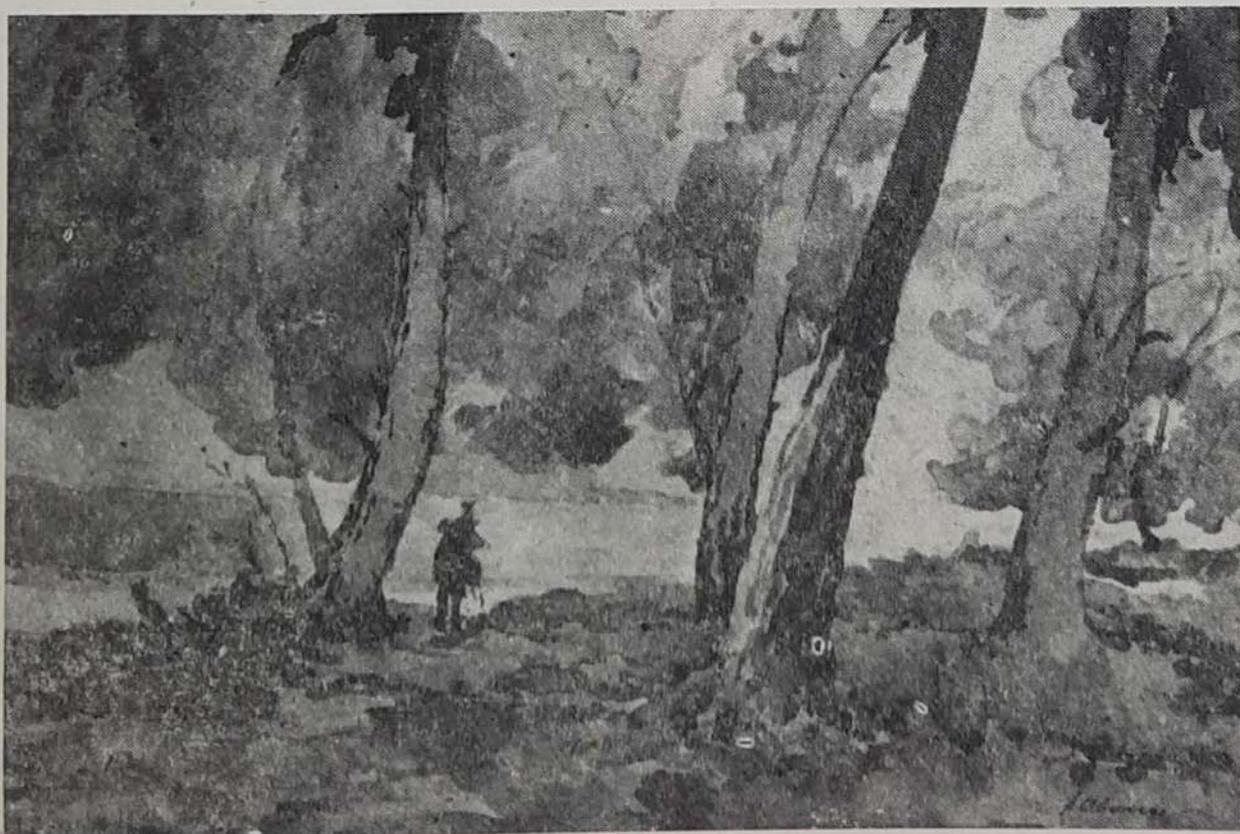


EL SOLITARIO. *Oleo* 0.60 x 0.70 m.

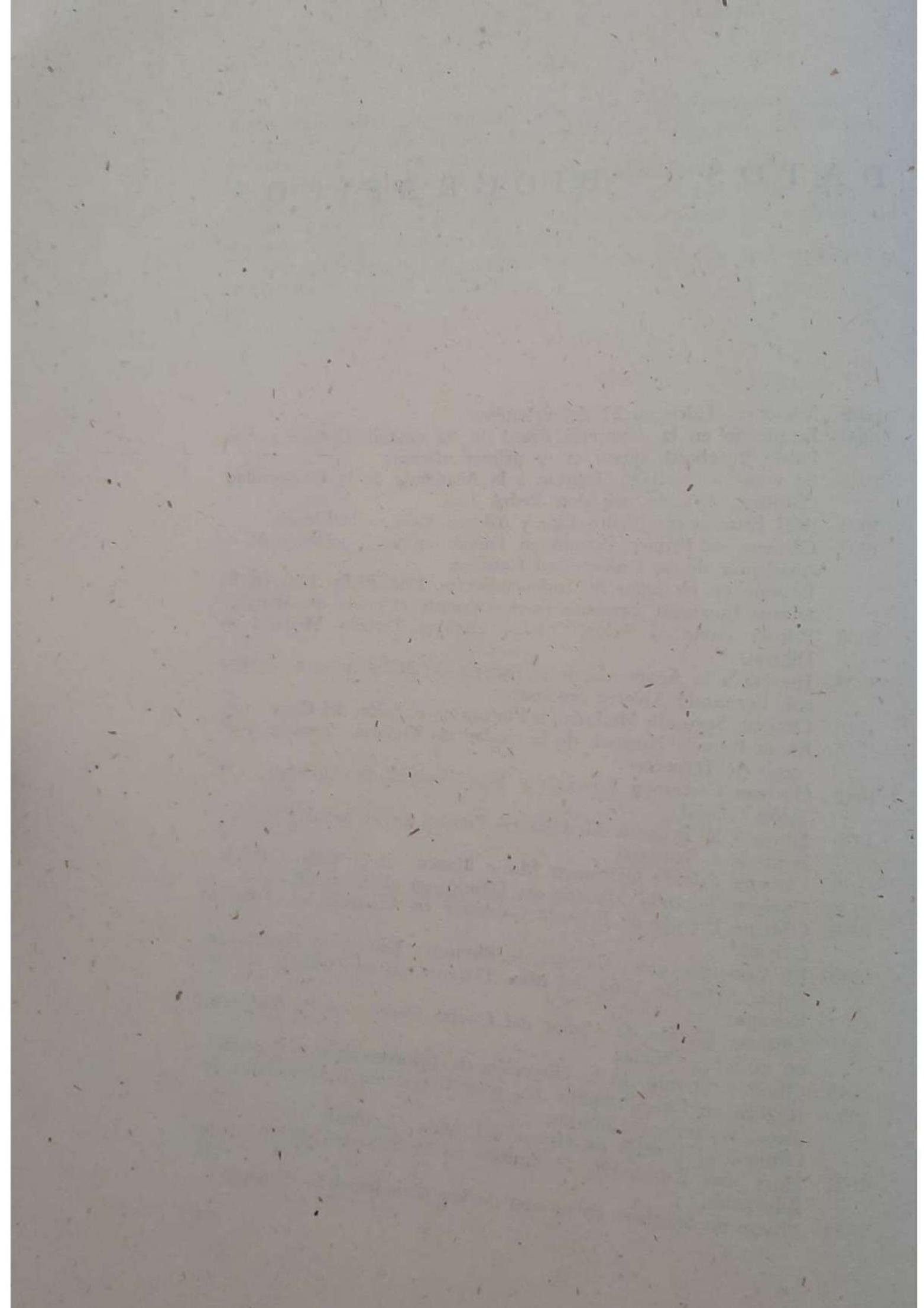




RANCHOS. *Acuarela* 0.27 x 0.38 m.

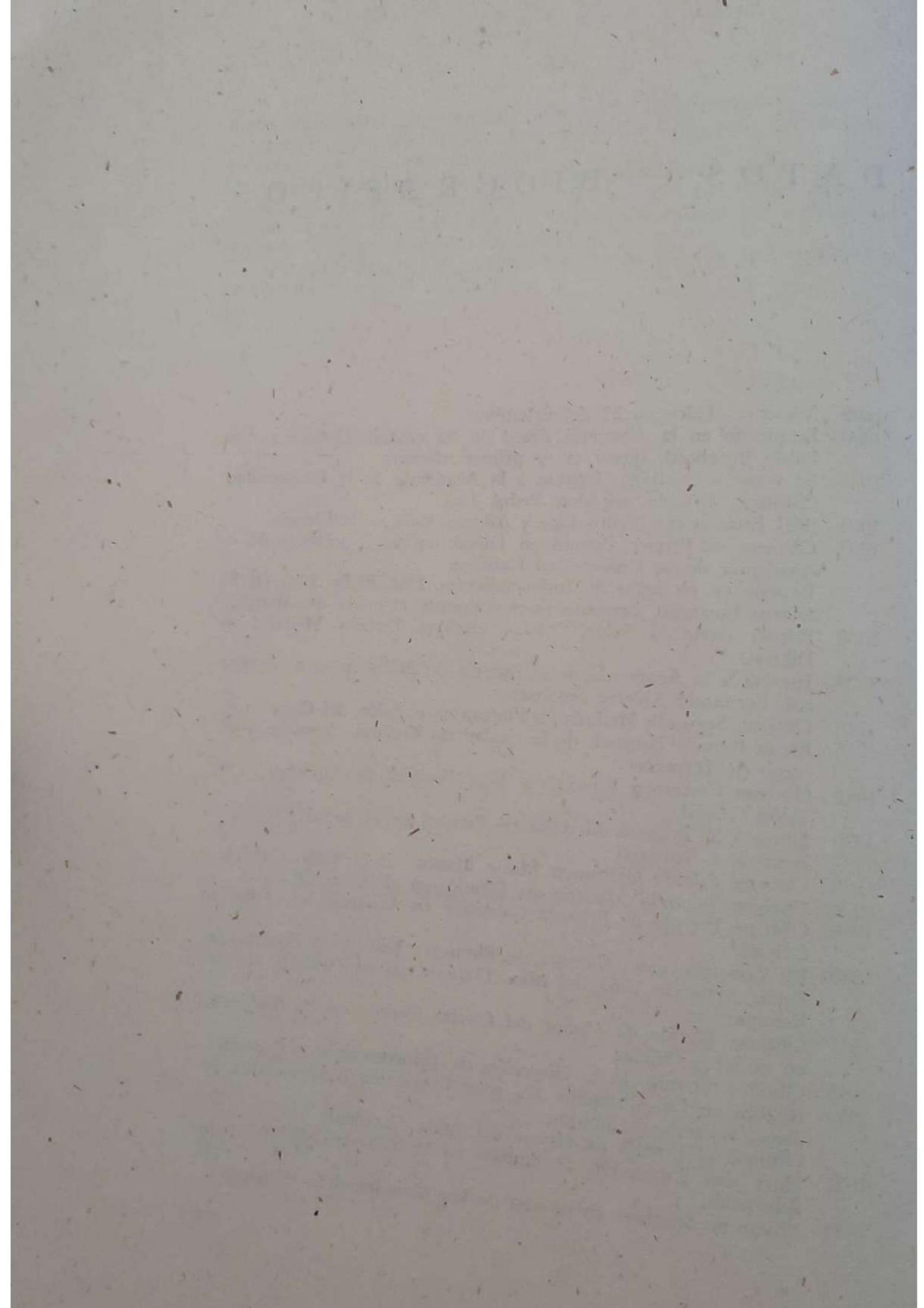


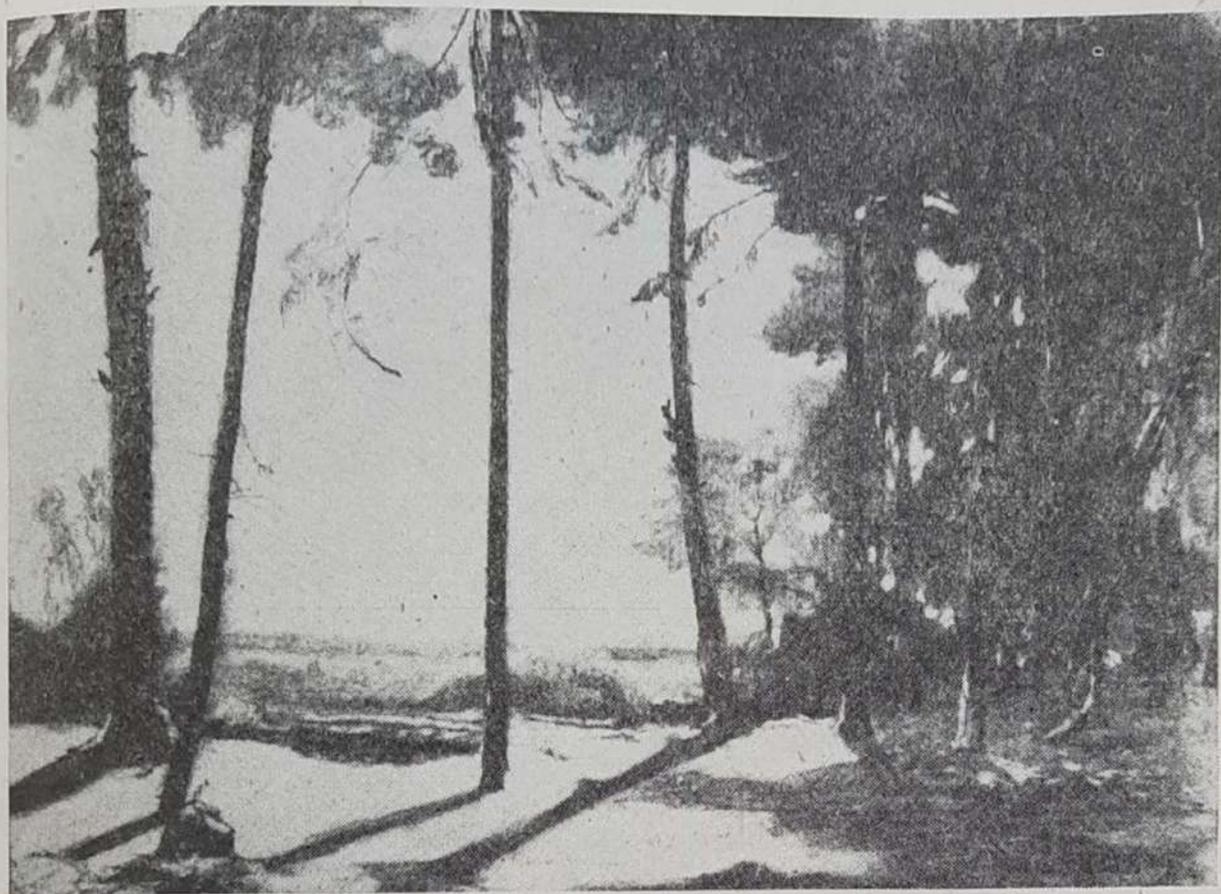
PAISAJE. *Acuarela* 0.27 x 0.38 m.





PATAGUA VIEJA. *Oleo* 1.00 x 0.94 m.

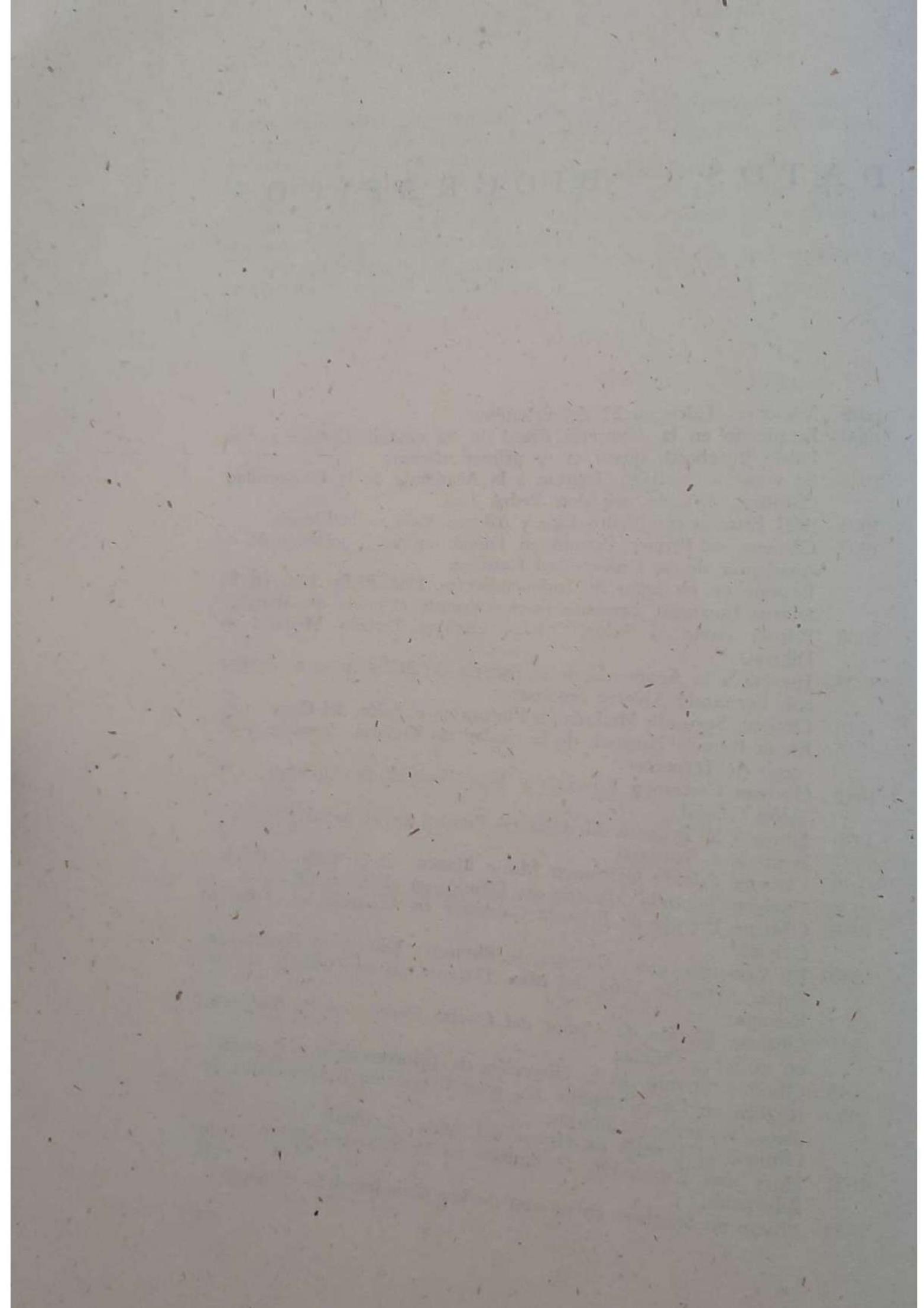




CONTRALUZ. *Dibujo al carbón. 0.47 x 0.62 m.*



SAUCES DE LA CHACRA VALPARAÍSO. *Dibujo al carbón. 0.47 x 0.62 m.*

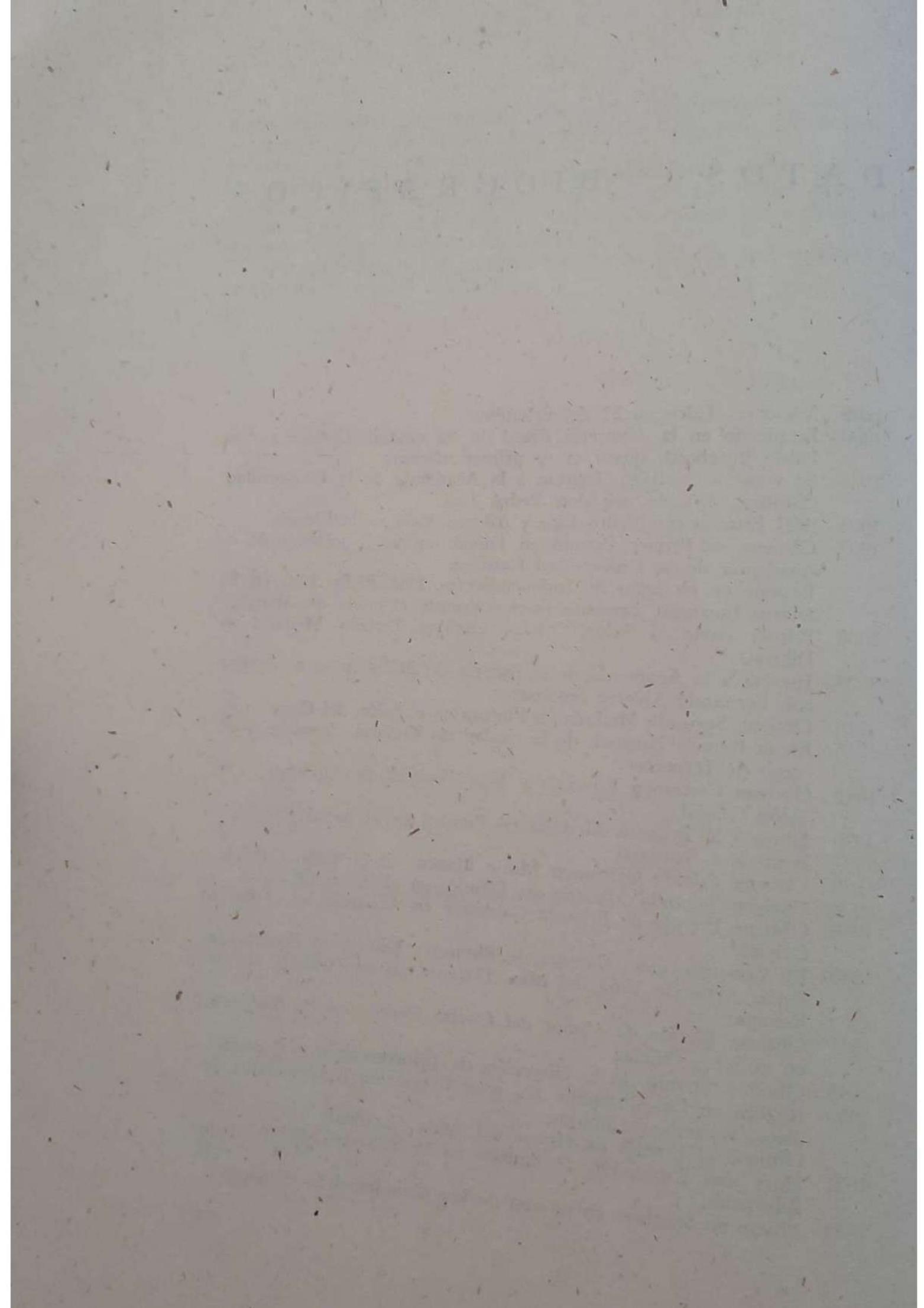




SAUCES DE LA CHACRA VALPARAÍSO. *Dibujo al carbón. 0.47 x 0.62 m.*

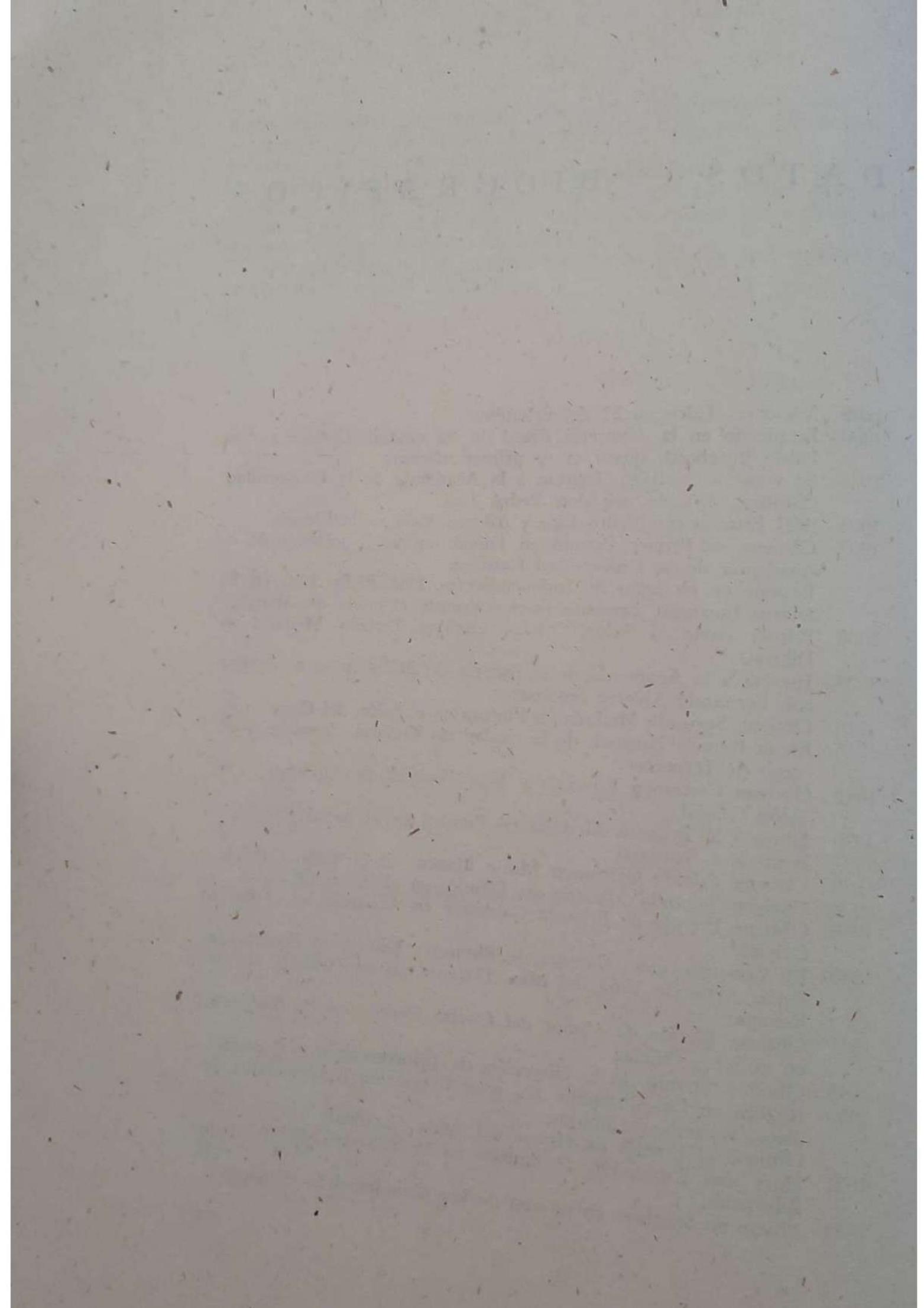


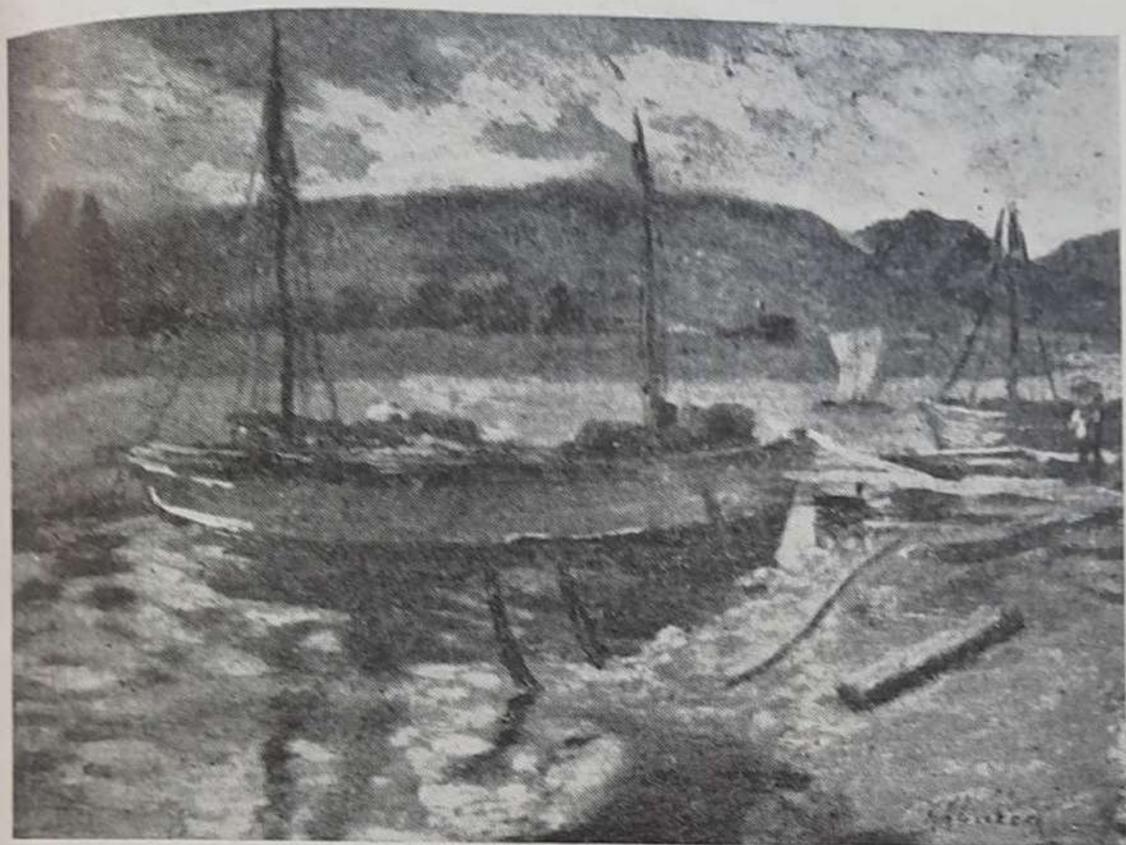
BOSQUECILLO DE PINOS. *Dibujo al carbón. 0.47 x 0.62 m.*





PAISAJE DE VERANO. *Óleo 0.60 x 0.80 m.*



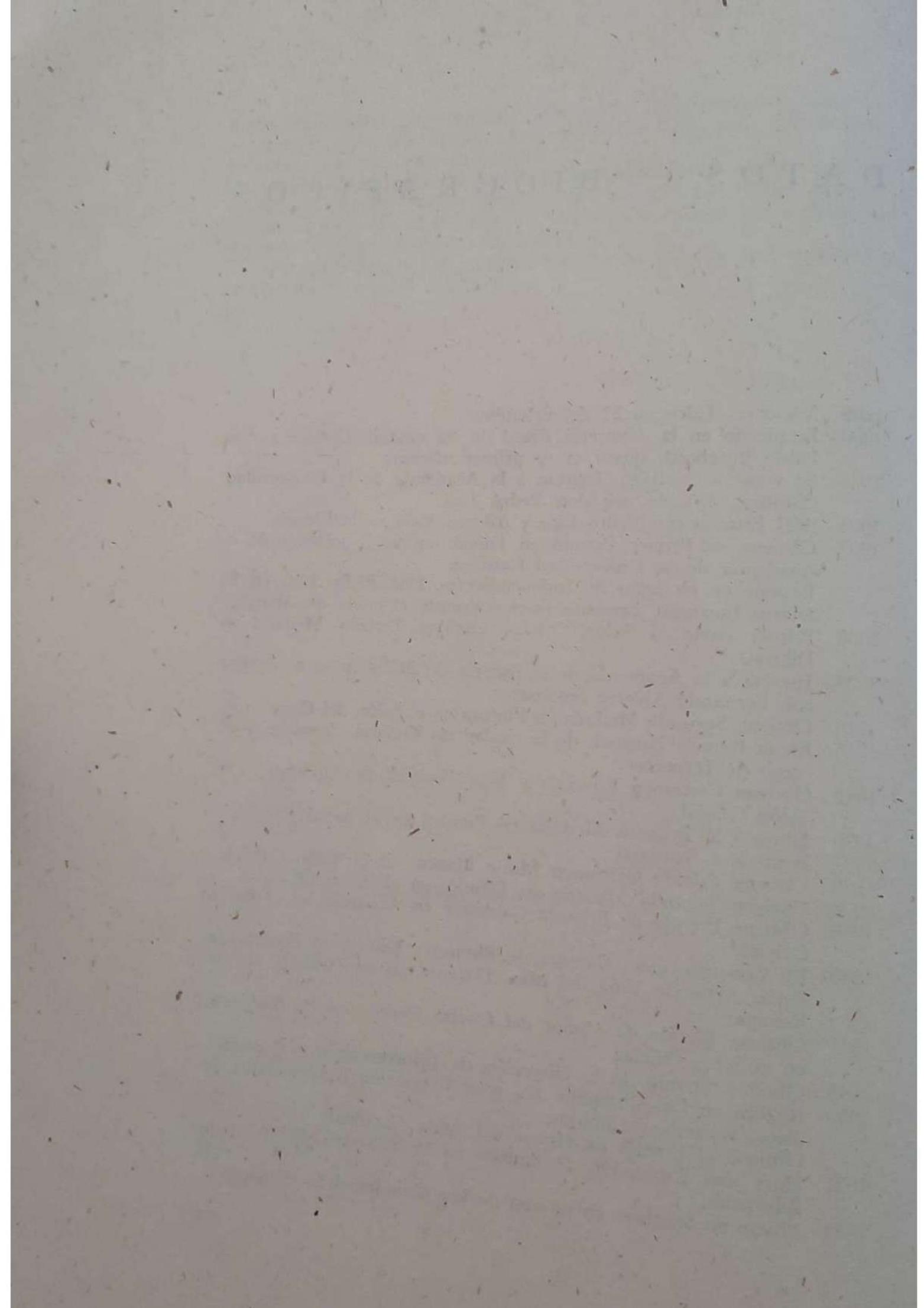


LANCHONES. *Oleo*



ESCENA HOGAREÑA. *Oleo.*

0.60 x 0.70 m.

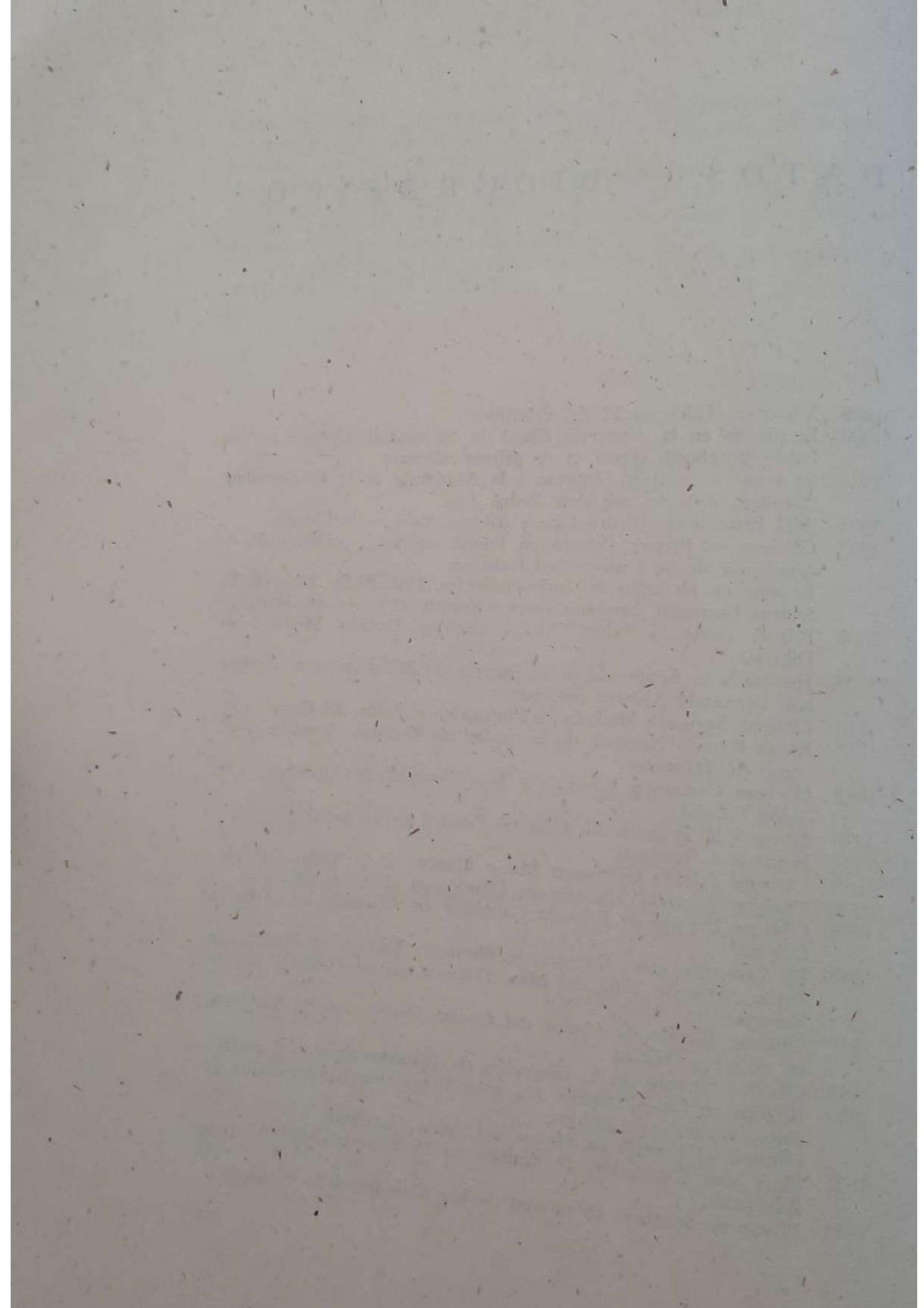




SALTO DEL LAJA. *Oleo.* 0.48 x 0.67 m.

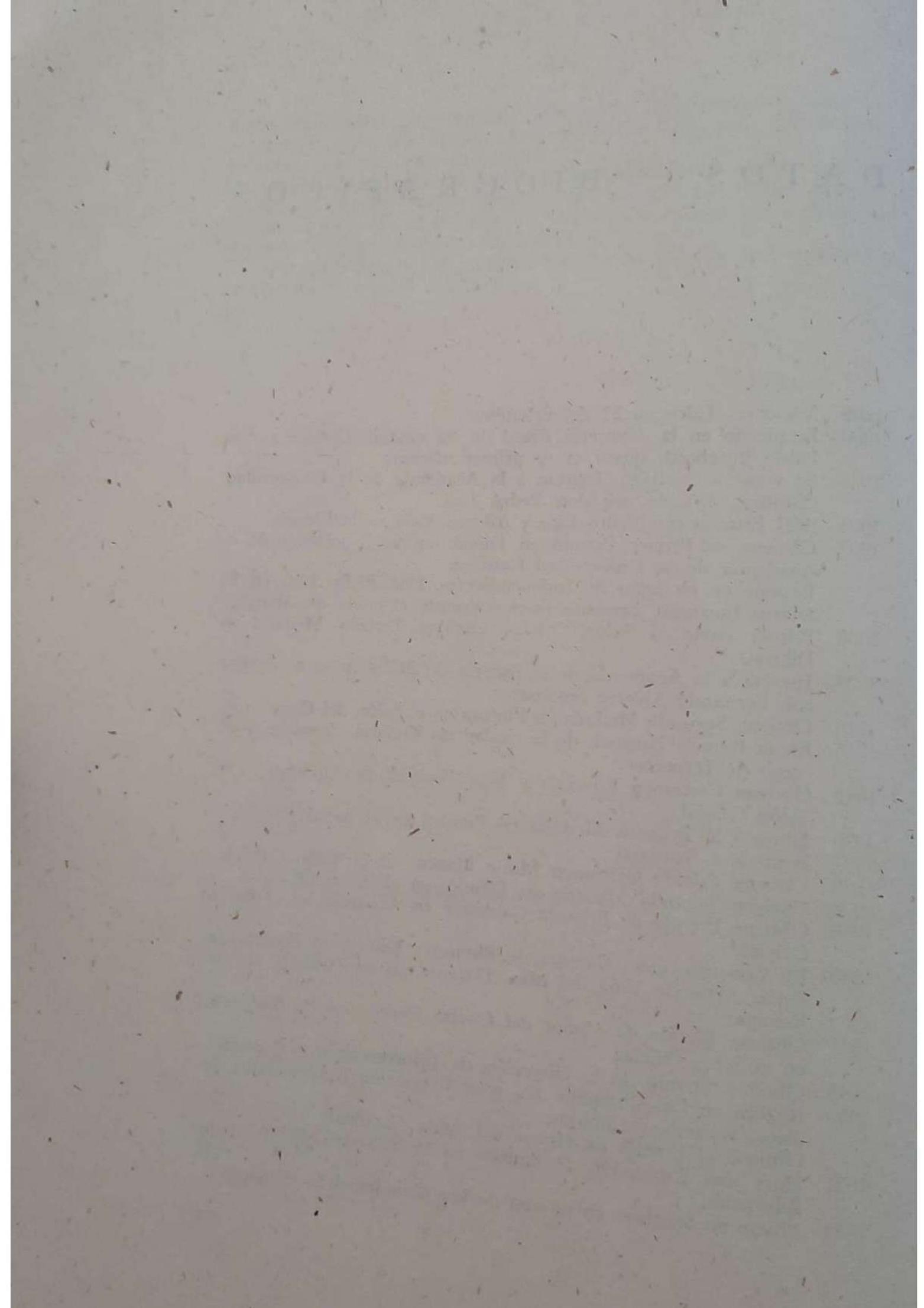


ARBOLES. *Oleo.* 0.80 x 1.04 m.





ALREDEDORES DE PUTÚ. *Oleo 0.60 x 0.70 m.*

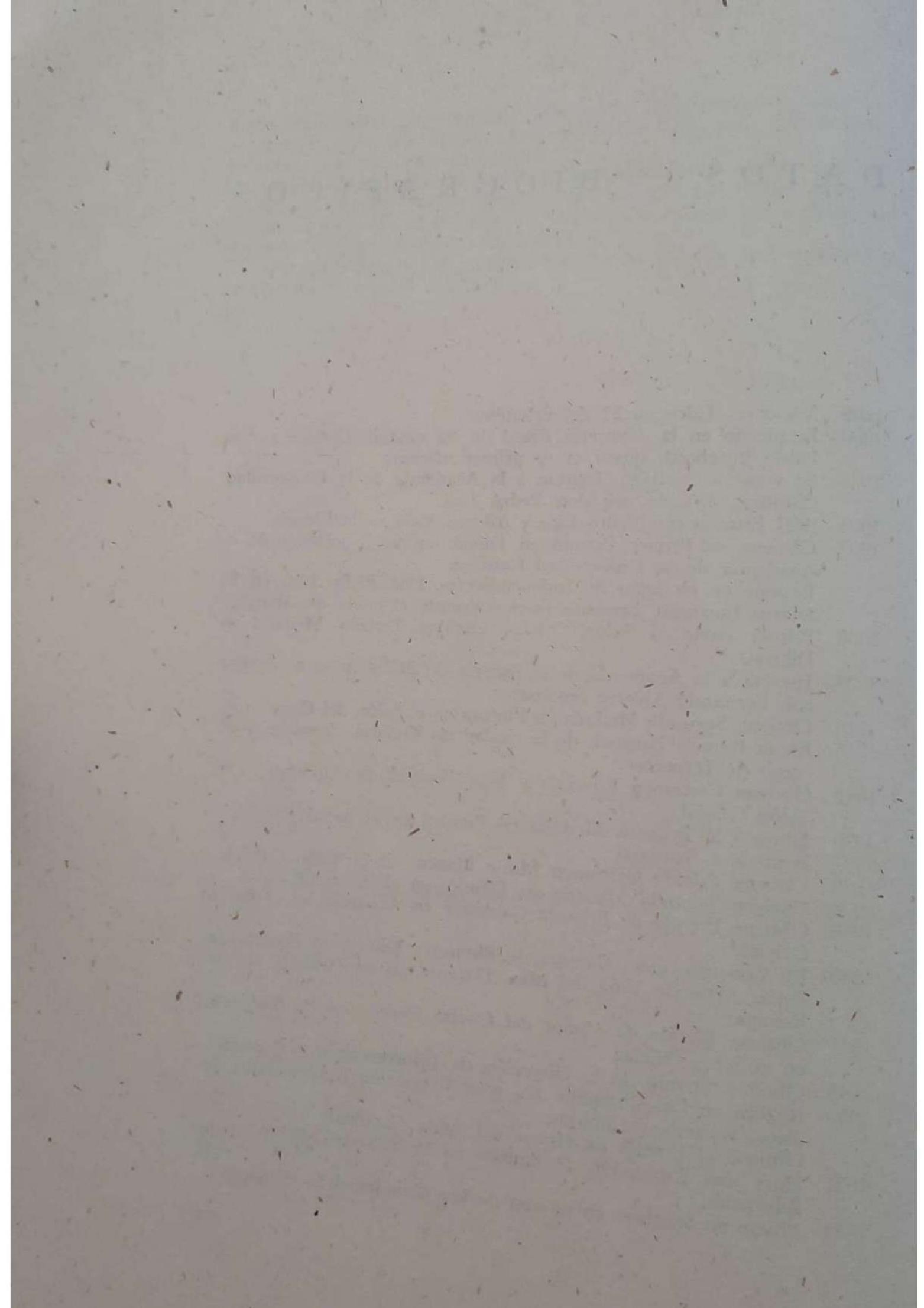




ESCENA FAMILIAR. *Oleo. 0.60 x 0.70 m.*



SOL DE TARDE. *Oleo. 0.58 x 0.80 m.*

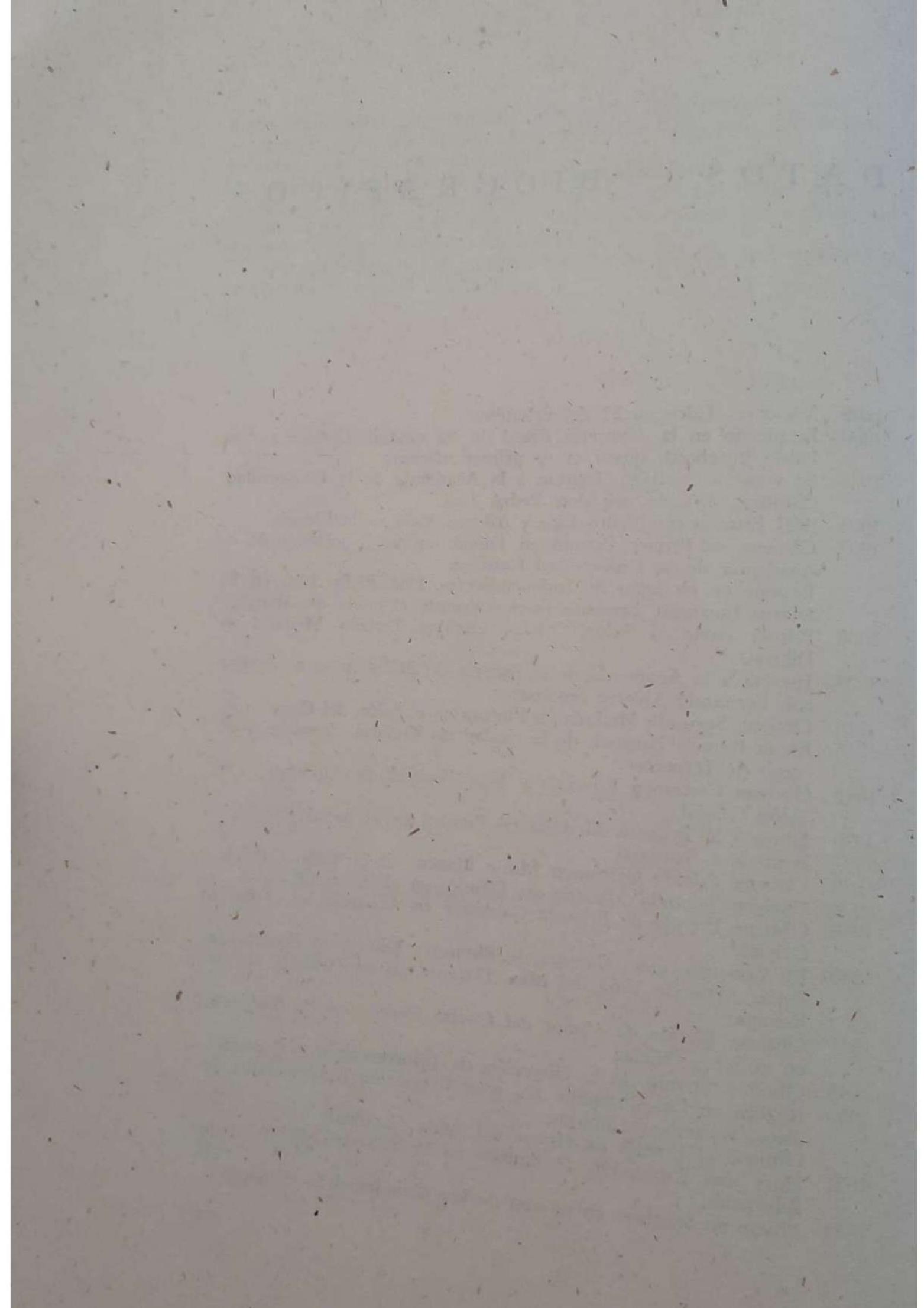




TIERRAS ROJAS. *Oleo. 0.60 x 0.70 m.*

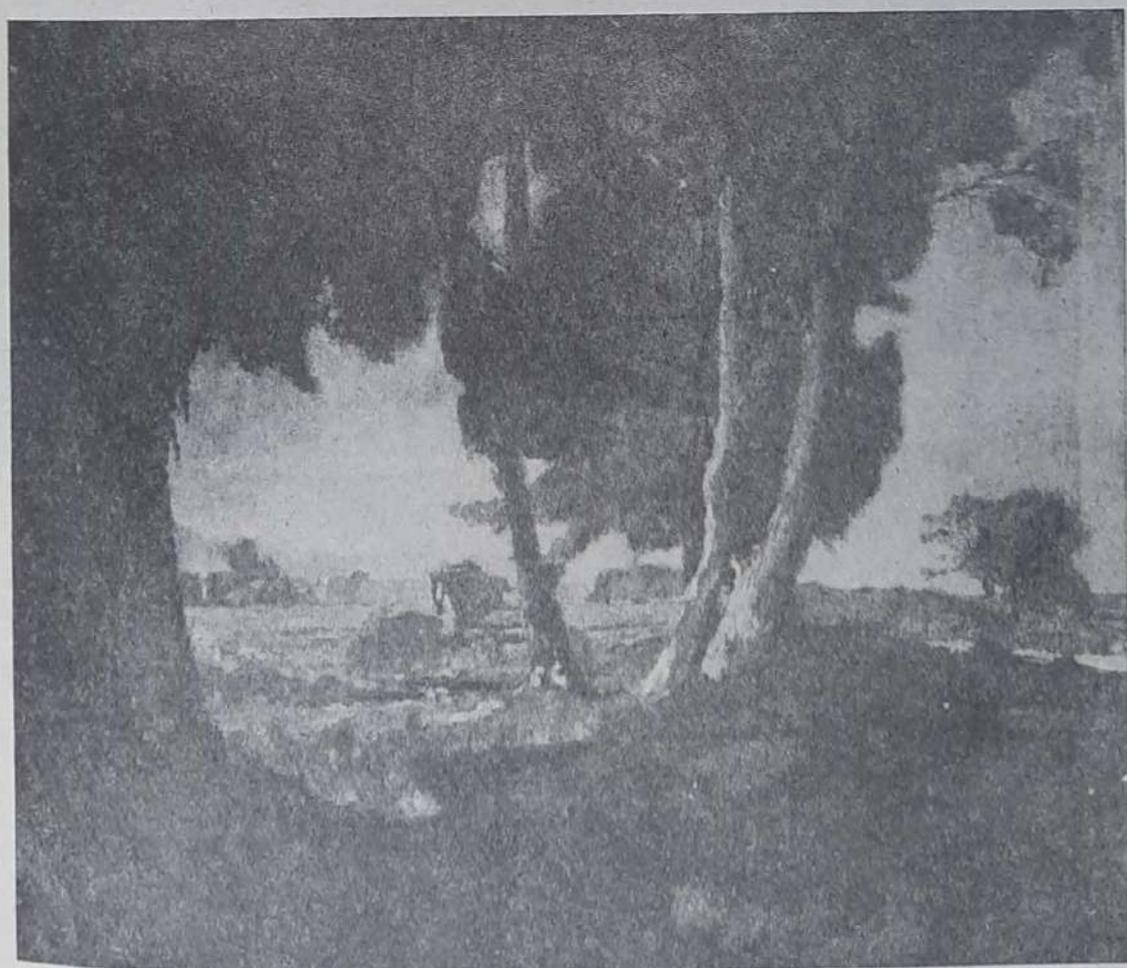


RUINAS DEL SAN CRISTÓBAL. *Oleo. 0.60 x 0.70 m.*

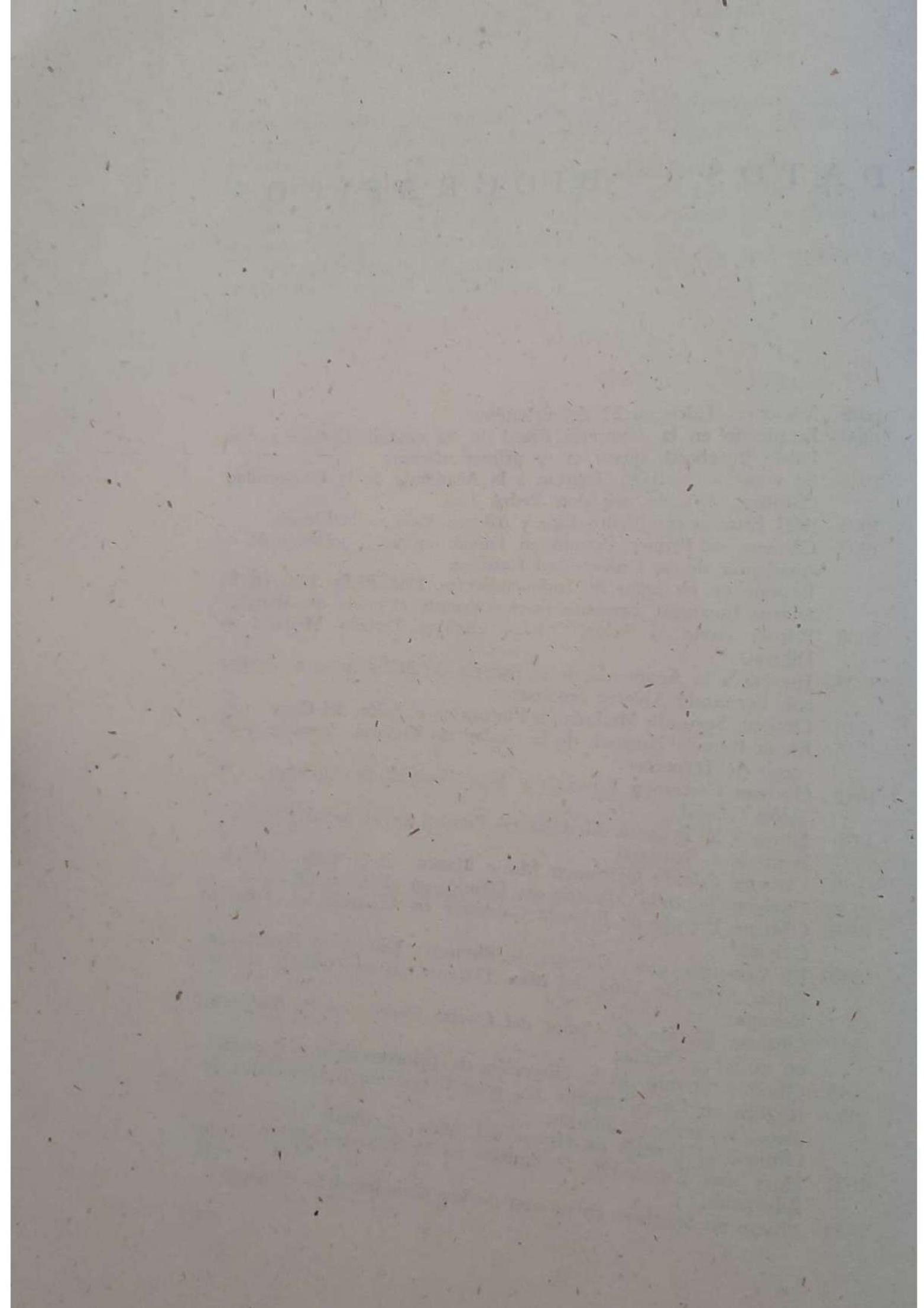


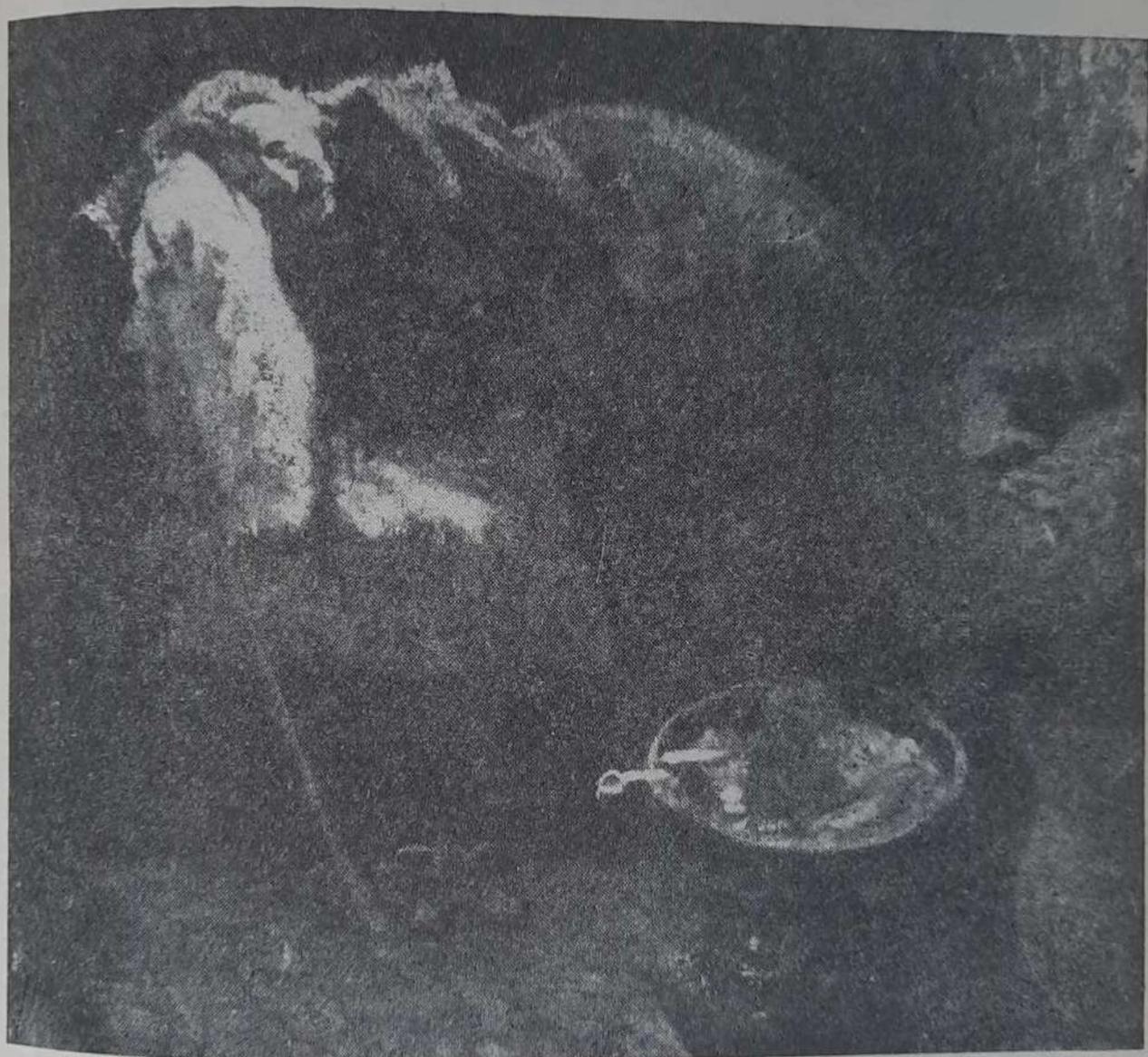


BAJO LOS PEUMOS. *Oleo. 0.60 x 0.70 m.*

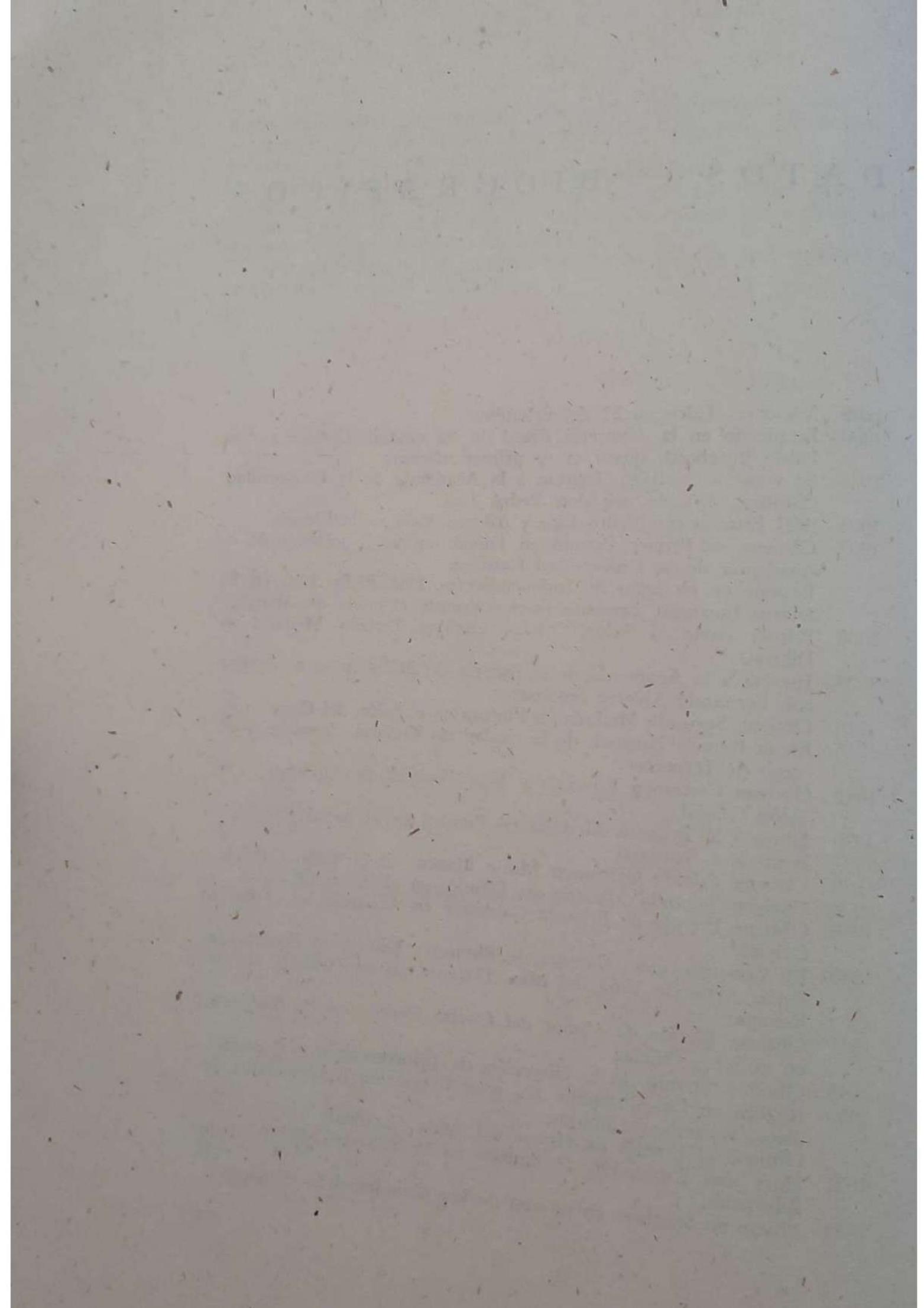


PELLINES. *Oleo. 0.60 x 0.70 m.*



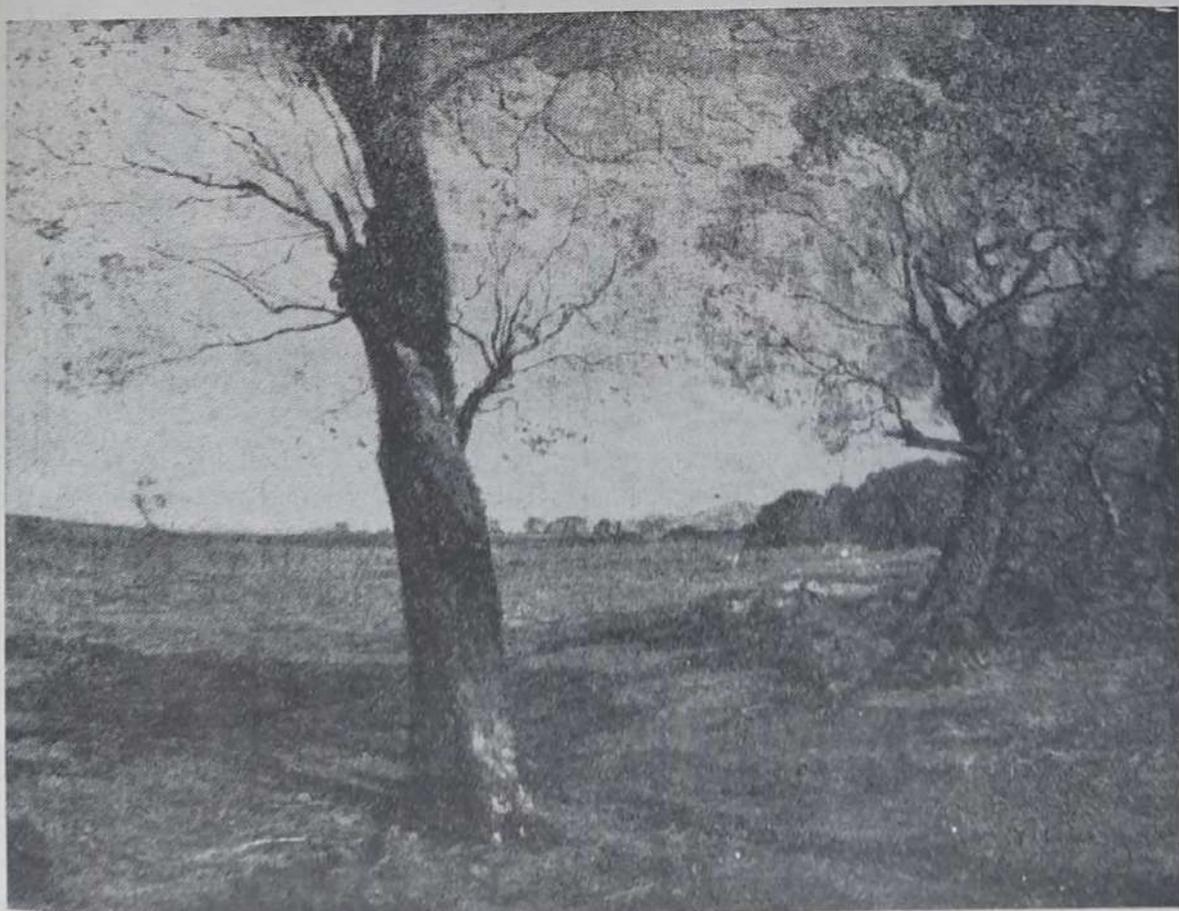


LA ABUELA DESCANSA. *Oleo.* 0.60 x 0.71 m.

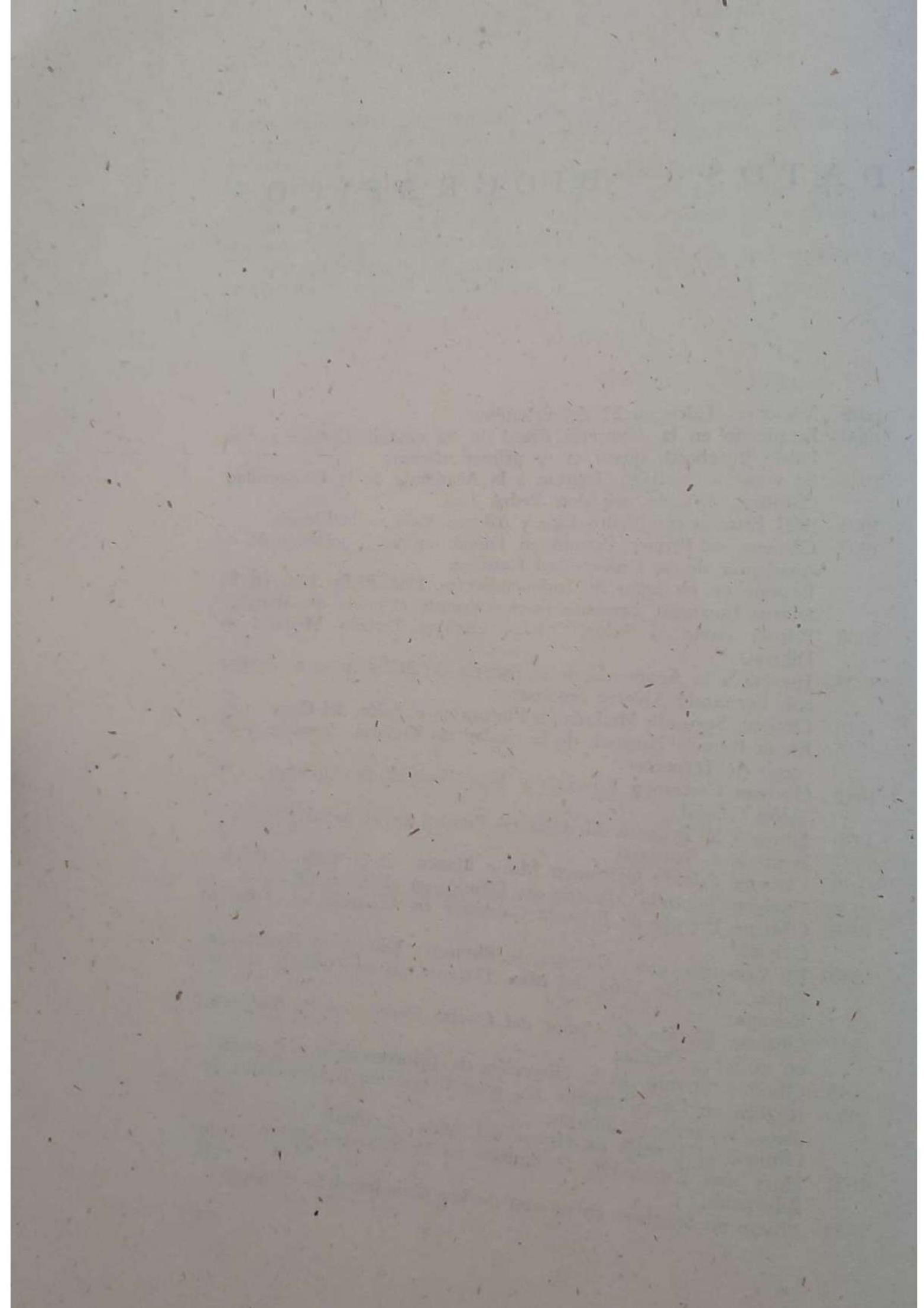


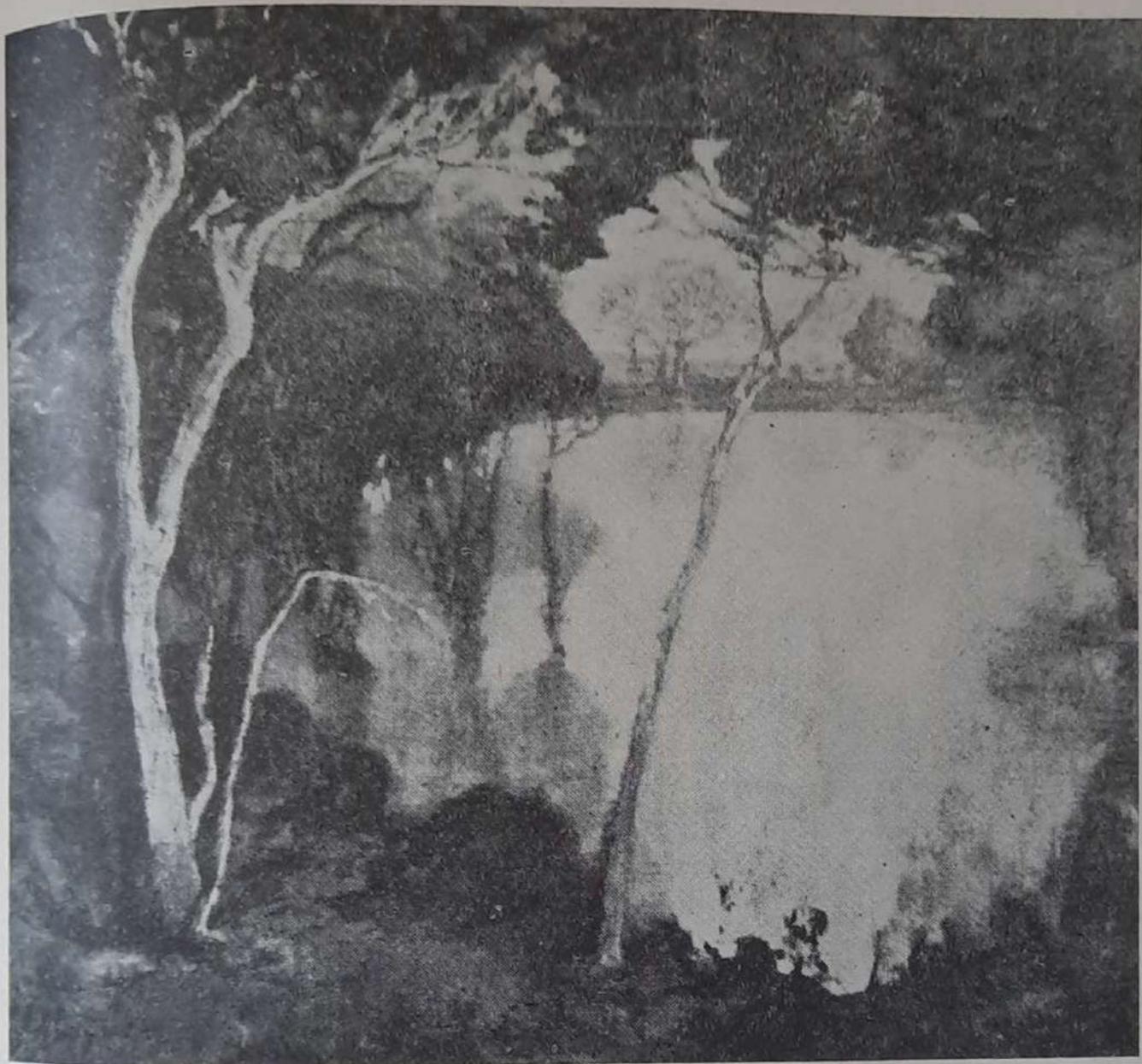


RAMA QUEBRADA. *Oleo.* 0.70 x 0.80 m.

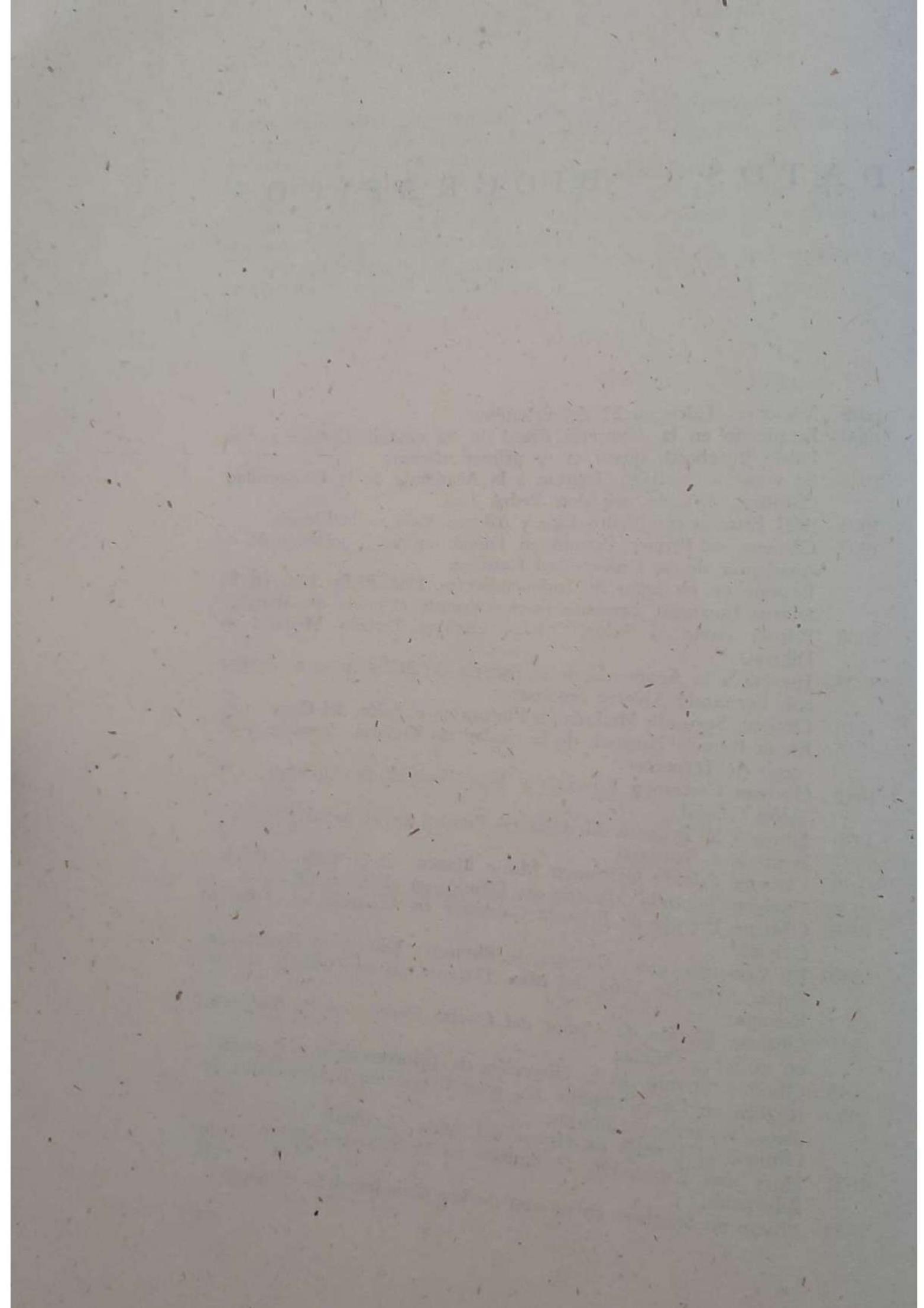


PEUMOS. *Oleo.* 0.60 x 0.70 m.



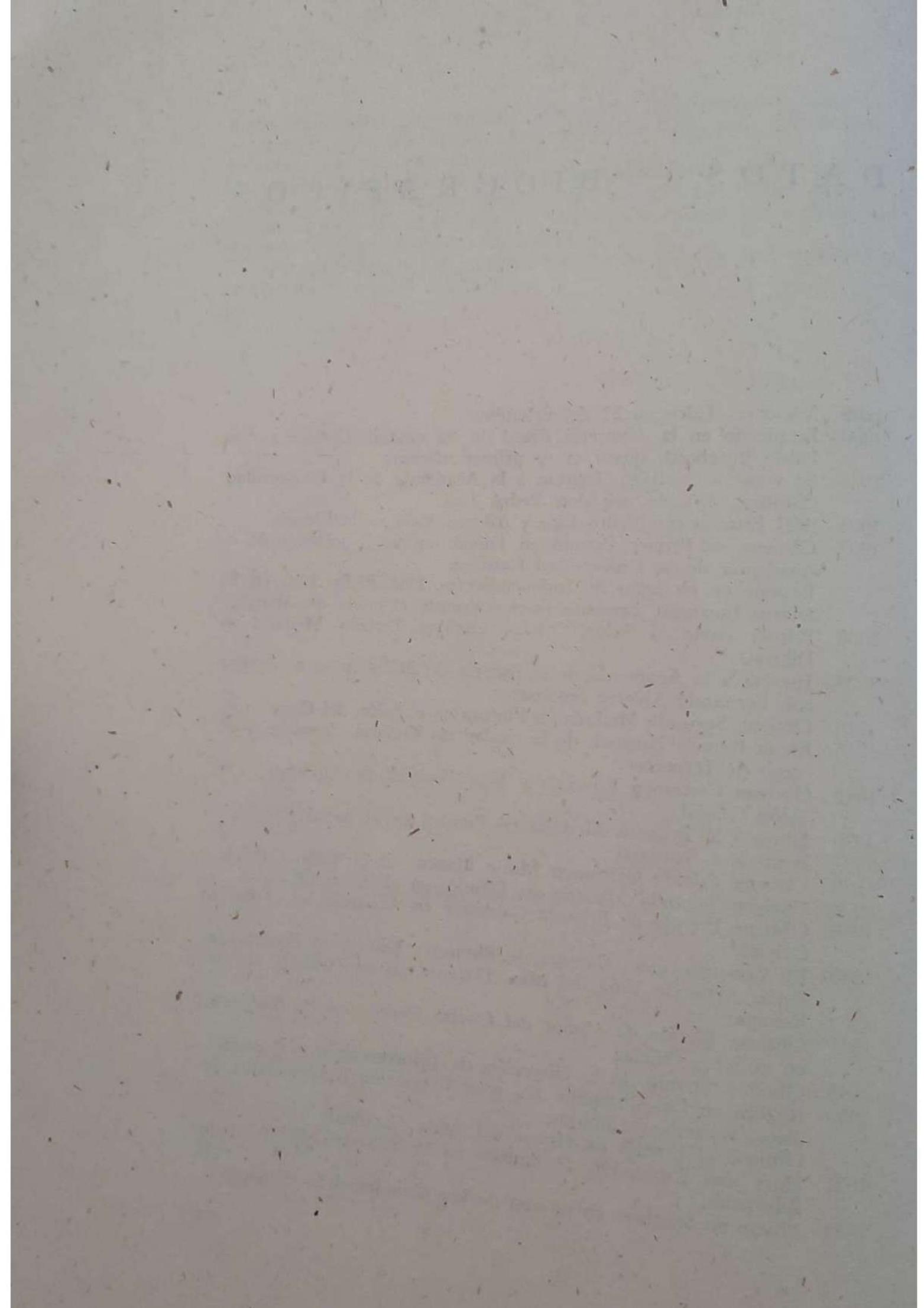


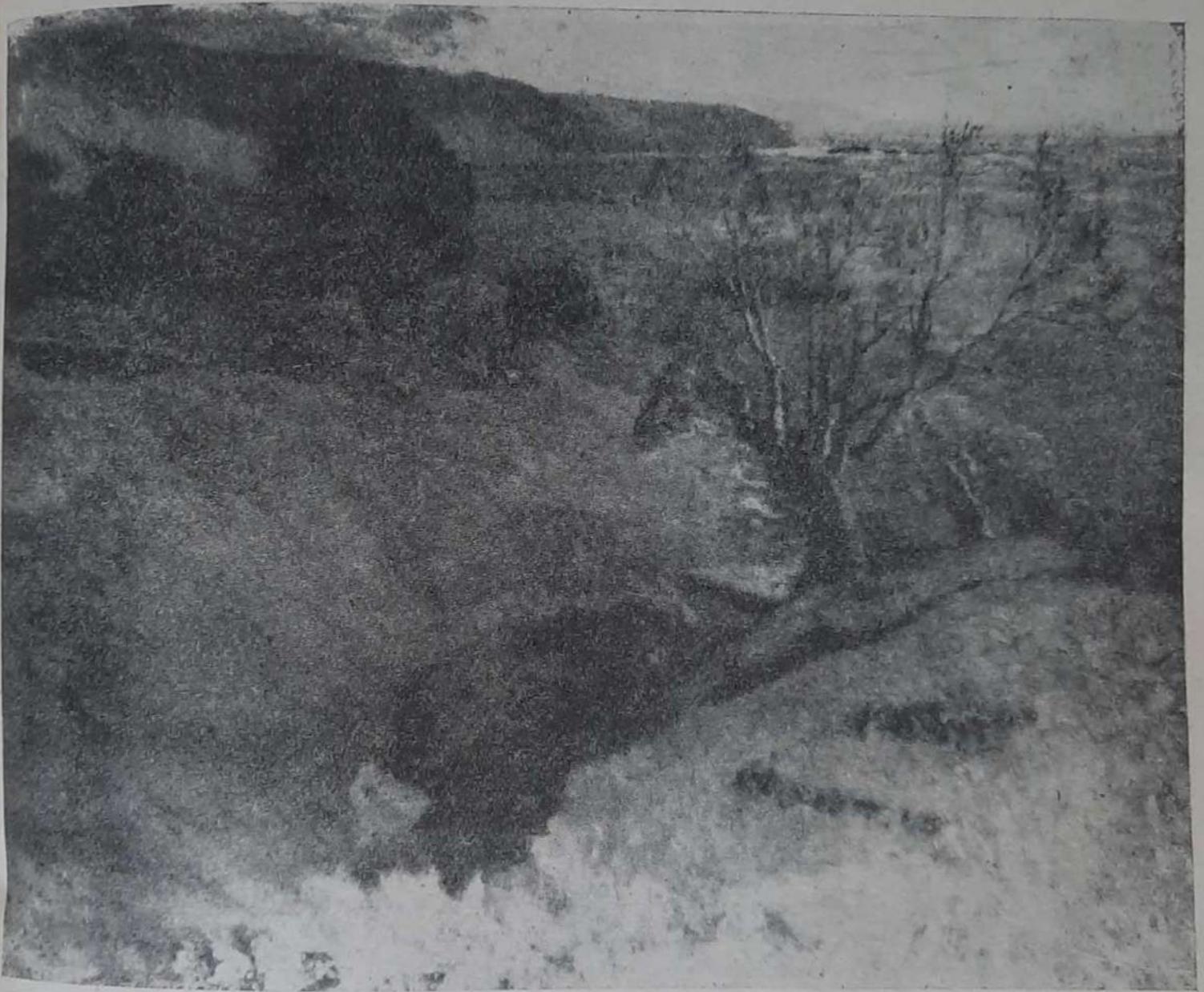
LAGUNA. *Oleo*. 0.66 x 0.80 m.



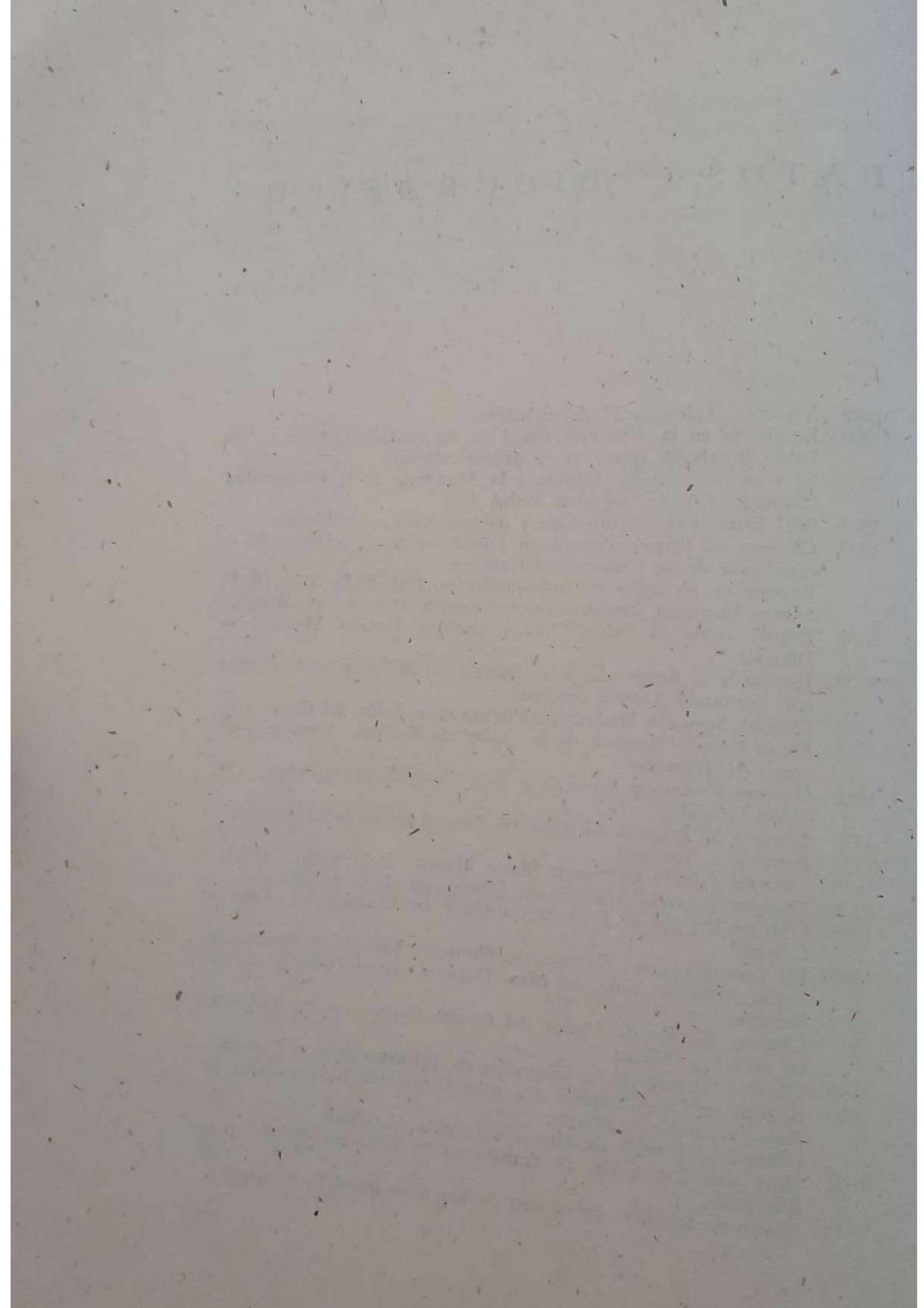


ALGARROBOS. *Oleo*. 0.60 x 0.71 m.





PAISAJE DE LA COSTA. *Oleo*



EDICIONES INSTITUTO DE EXTENSION DE
ARTES PLASTICAS . UNIVERSIDAD DE CHILE